

LA TORRE DE CENICERO

NO SE PRESTA



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

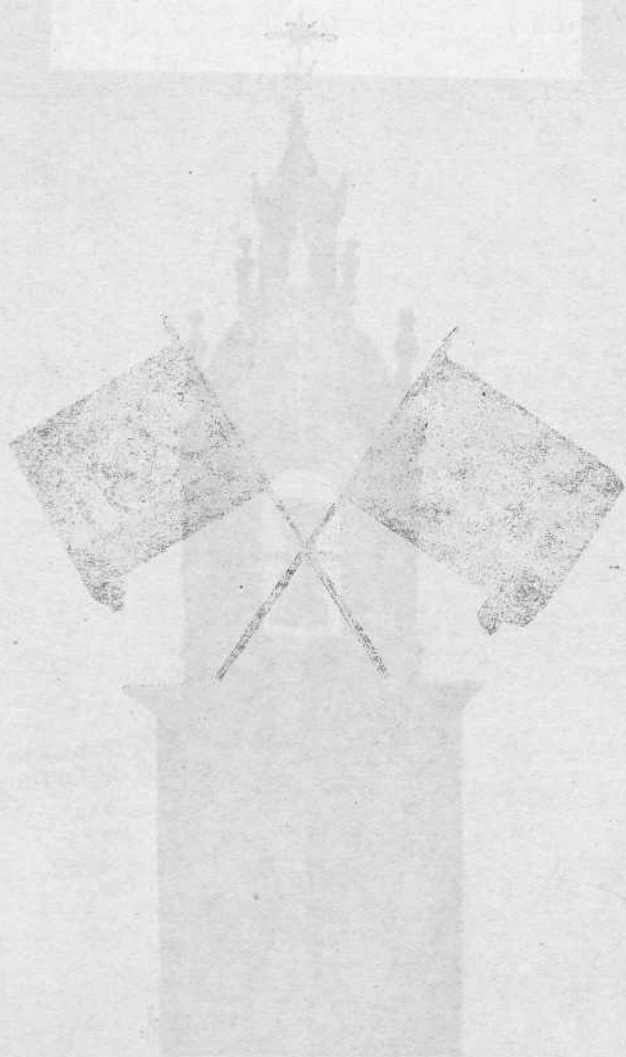
Biblioteca de La Rioja

P. 43.404

Folleto conmemorativo a los héroes de
Cenicero, con motivo del primer centenario

LA TORRE DE BELLICHO

1890



Señalado con motivo del primer centenario
del nacimiento de los héroes de

320761 /

R
8971

1834

Queriendo castigar, el vil carlismo,
al espíritu liberal de Cenicero,
vió, con asombro verdadero,
cubrirse, a nuestros milicianos, de heroísmo;
por saber luchar con bravura y con arrojo,
este puñado de valientes,
aniquilando al ejército de los pretendientes
sacaron, de la tiranía, el abrojo.
Sonaron por los ámbitos las trompetas de la victoria,
nuestros milicianos se cubrieron con la gloria
y el mundo, con entusiasmo sincero,
al verles a España libertar,
no cesaba de exclamar:
«¡ Gloria a los héroes de Cenicero !»

1934

Hoy, un siglo, cien años hace,
que nuestros bravos milicianos,
luchando como espartanos,
por ellos, la libertad patria, nace.
En tan descomunal proporción,
aquellos hijos del Cid,
supieron humillar en la lid
a la tiránica facción.
Ante ejemplo tan patente,
en nuestro cerebro siempre estará latente
su valor y liberalismo certero,
y hoy, en sus cien años, llenos de emoción,
gritemos, con toda la voz del corazón:
«¡¡ Gloria a los héroes de Cenicero !!»

L. A.

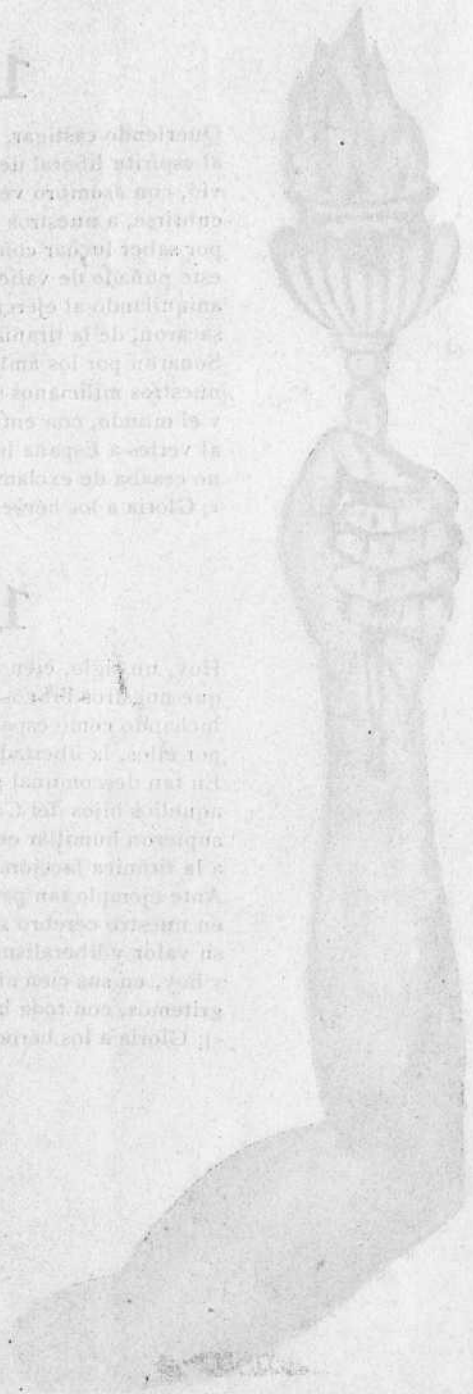


1834

¡Gloria a los héroes de la patria!
 no temas de exiliarte,
 al verlos a España libre,
 y el mundo con entusiasmo
 oírte al cantar con la gloria
 de los héroes de la patria.
 ¡Gloria a los héroes de la patria!

1834

¡Gloria a los héroes de la patria!
 no temas de exiliarte,
 al verlos a España libre,
 y el mundo con entusiasmo
 oírte al cantar con la gloria
 de los héroes de la patria.
 ¡Gloria a los héroes de la patria!



RESEÑA HISTÓRICA

de los hechos ocurridos en la villa de Cenicero

los días 21 y 22 de octubre de 1834 (1)

En la madrugada del día 21 de Octubre, cuarenta urbanos de esta villa estorbamos al pasar por ella a Zumalacárrgui, que, con cuatro batallones y tres escuadrones había cruzado el vado de Tronconegro, y se dirigía a perseguir un convoy que escoltaba el valiente brigadier Amor con pequeña fuerza, en dirección a Logroño; y teniendo que buscar un rodeo, que entorpeció su marcha, dejó aquí tres batallones con orden de fusilarnos.

En una tapia de corral, hecha alrededor de la puerta de la iglesia, con algunos agujeros por troneras, y el campanario abierto, eran nuestra defensa.

Apenas llegaban a 1.800 cartuchos todas nuestras municiones; pero no escuchando más que nuestro entusiasmo por la sagrada causa de la libertad nacional y derecho de la reina, no nos arredraban las numerosas bayonetas navarras. Despreciamos dos intimaciones verbales y un oficio firmado por el titulado coronel José Juan Torres a que contestó en mi nombre el urbano D. Luciano Bastida, con la energía propia de un espartano. Los carlistas arrancan de su casa a la madre de éste, doña Benita Hernáez (que tenía sus hijos Félix y Luciano en el que llamábamos fuerte), en compañía de una hija de 15 años, dejando abandonada en cama con el cólera la otra de 18, y amenazando llevarlas delante a sufrir los tiros que se disparasen, la obligan a que con el señor cura párroco se llegue al fuerte y, con la autoridad de madre, obligue a sus hijos y demás urbanos a rendirse y entregar las armas. Aquí me faltan palabras para expresar la templanza y valor de esta mujer, que tendrá pocos ejemplares. Marcha con el cura, y con una impavidez que asombra, dice a sus hijos y demás que ocupan aquél debil tamboril: *"Hijos míos: esta gente me ha obligado a que os persuada que entreguéis las armas, pero yo os aconsejo que os defendáis hasta el último aliento; y si me traen por delante con vuestras hermanas, matadnos antes que rendiros"*.

(1) Copia literal del documento auténtico.

Los hijos conmovidos salen precipitadamente y obligan a su madre a encerrarse con ellos.

Vuelve el señor cura hacia los carlistas con la relación de lo acaecido, y esta fué la señal de alarma.

Serían las once de la mañana cuando principiaron a hacer fuego desde todos los ángulos, esquinas y parapetos que encontraron, y de las casas de enfrente que dominaban a la puerta de la iglesia; pero todos los urbanos animados por el primer valiente D. Luciano Bastida, cursante en leyes, que desde aquél momento no abandonó las primeras y más peligrosas troneras, contestábamos a los fuegos con gran serenidad, buena dirección y prudente economía, atendiendo a la escasez de municiones.

Bramaba Zumalacárregui, de vuelta de su expedición a las cinco de la tarde, viendo que no habían adelantado un paso contra aquella miserable tapia; y apesar de todo el rigor de sus órdenes y del ponderado valor de sus tropas, eran las ocho y media de la noche cuando socabaron, auxiliados por la obscuridad y llevando paisanos con picos, la debil tapia que tan de lejos hasta entonces habían mirado.

Precisados nosotros a encerrarnos en la iglesia, el don Luciano se quedó el último a cerrar la puerta, y fuimos a colocarnos a otro parapeto que habíamos formado en aquella tarde, mientras el combate, delante de la puerta de la torre, con losas del pavimento de la iglesia.

Una sola vez llegaron, aunque atacaron con mucho ímpetu, a las losas del parapeto, que solo defendían once urbanos; es verdad que eran muy valientes, porque habiéndole quemado a D. Luciano y a Manuel Ogueta las patillas y gorra con los tacos encendidos que entraban por las mismas troneras, metieron estos sus fusiles por ellas y disparando sin cesar, los ahuyentaron.

Ellos creían que dentro no había ninguna clase de fortificación. Ya nos creían pasados a cuchillo; pero nosotros, mientras unos sostenían con valor el primer rebellín, habíamos construído otro en la puerta de la torre con las losas del pavimento que arrancamos con una barra, y habíamos abierto en los techos de la iglesia una porción de troneras que defendían la entrada y miraban a todas direcciones; colocados en estos puntos, (los necesarios para su defensa) después de haber puesto luces en varios sitios del templo, los esperábamos tranquilos, cuando ellos se lanzaron dentro en tropel con gran algazara, incitándose mutuamente a la matanza; pero viéndose ofendidos por un fuego repentino y vivo del rebellín y bóvedas, se arrojaron fuera gritando y dejando considerable número de muertos; no atreviéndose a hacer segunda tentativa, empezaron a hacer un continuado tiroteo al rebellín y techo desde la puerta de la iglesia, hasta que viendo que ninguna ventaja sacaban y rechazados por nuestros tiros, determinaron reducirlo

todo a llamas; arrimaron al efecto a la entrada gran cantidad de leña, y siguiendo su infernal sistema derramaron en ella porción considerable de aguarrás y al momento le aplicaron fuego; creyendo que a la vista de este lúgubre aparato abandonaríamos el rebellín. La compañía escogida de guías se arrojó sobre-él a la bayoneta, siendo recibida a tiros, disparando los unos y cargando los otros para que el fuego fuese más precipitado. En esto las llamas tomaron un repentino y extraordinario incremento, y cubriéndose la iglesia de un humo espeso, se perdió dentro la mitad de la compañía, la que no acertando la puerta y aumentándose por grados el humo e incendio, quedaron catorce carlistas tostados, saliendo más de treinta en estado más espantoso, los que llegando a las casas vecinas pedían agua con una ansiedad tan extraordinaria, que manifestaban llevar abrasadas hasta las entrañas. Desde entonces solo pensaron los facciosos en aumentar el incendio echando en él cuanta leña pudieron hallar a mano y los muebles y puertas de las casas llevados allí por orden del mismo Zumalacárregui, que en un bando que mandó publicar castigaba con pena de la vida al vecino que faltase. Para hacernos más sensibles los efectos del fuego, echaron en él cuanto pimienta molido y sin moler había en el pueblo, siendo muchas las existencias que había de éstos por haberse recolectado entonces. El humo pestilente y sofocante penetraba en el rebellín y la iglesia, siendo imposible permanecer allí. Cerramos la puerta de la torre, nos fuimos colocando en las escaleras, donde no dejaba de molestarnos el humo, y acechando el momento en que el fuego dejase obrar al enemigo para tomar nuestras posiciones y rechazar sus ataques. Cansados los enemigos de la lentitud del fuego, quisieron hacer con las armas el último esfuerzo. Como dos horas antes de amanecer, derribaron la puerta trasera de la iglesia que está enfrente de la principal y empezaron a arrojar agua para extinguir el incendio y poder penetrar dentro. Apenas nosotros conocimos sus intenciones quisimos volver a ocupar el rebellín, pero todavía ardía el ambiente y nos fué imposible permanecer un momento. Salimos de él sudando espantosamente, medio asfixiados y ruidosos los fusiles. Unos cuantos navarros que tuvieron la temeridad de avanzar demasiado, fueron devorados por el fuego y los otros, consumida la carne y descubiertos los huesos, salían en un estado más lastimoso que la misma muerte. Apenas el calor y el humo permitieron, aunque con mucho trabajo, la estancia en el rebellín, nos colocamos en él, esperando al enemigo, que no atreviéndose a entrar todavía, escarmentado con el triste suceso de sus compañeros, se contentaba con hacer desde fuera un tiroteo continuado, mientras que otros, protegidos por las tinieblas, arrojaban cubos de agua avanzando con mucha caute-

la, hasta que ya extinguido el fuego casi del todo, se dispusieron para el tercer asalto, entrando por una y otra puerta haciéndonos un recio fuego al que nosotros contestábamos con otro no menos vivo. Los navarros se arrojaron de tropel sobre el rebellín y sin arredrarse de nuestros tiros metían sus fusiles por nuestras troneras, haciéndonos el fuego más infernal y peligroso. Nosotros, resueltos a hallar allí nuestro sepulcro y a abrírselo también allí a nuestros enemigos, hicimos la última prueba de que éramos capaces. Largo rato duró este combate, con una obstinación sin ejemplo, tirándonos los unos a los otros a quemarropa; los tacos se nos quedaban encendidos en el pecho, y el pelo y las gorras nos ardían de los fogonazos. Desde las bóvedas de la iglesia disparábamos sobre los que atacaban al rebellín una lluvia de balas haciendo gran riza. Por fin la ferocidad navarra cedió de todo punto, y huyeron fuera creyendo imposible vencer con las armas aquél recinto que miraban como el asilo del valor. Desde entonces, no hubo un navarro que se atreviese a emprender otro ataque.

Zumalacárregui, al frente de la iglesia, pero en lugar seguro, rugiendo de cólera esgrimía en vano la espada contra sus soldados que rehusaban acercarse al combate; y, al menos por esta vez, no tuvo que contener la ferocidad navarra. Convencido Zumalacárregui que sus soldados habían caído de aliento y que ningún partido podría sacar por las armas, quiso valerse del último recurso que le quedaba: mandó, bajo pena de la vida, que todo el pueblo pusiese en las puertas de sus casas cuanto combustible hubiese en ellas; hizo aglomerarlos y formar con ellos una hoguera a la entrada de la puerta; y para que todo fuese impiedad y escándalo en estos monstruos que se abrogan el título de defensores de la religión, las imágenes del Dios vivo, la de su divina madre y todas las de los demás santos, fueron arrancadas de los altares, donde las había colocado la devoción de nuestros padres, y arrojadas a las llamas. Mientras ellos hacían esta sacrílega operación, nosotros hicimos un vivo fuego; pero la hoguera estaba formada de modo que les servía de muralla; por fin creciendo las llamas se propagaron inmediatamente al órgano y a los altares vecinos y de allí al altar mayor, y desde entonces, el fuego fué universal y horroroso. Cerramos las puertas de la torre, que (aunque débiles) impedían algún tanto la entrada del humo y del calor, y volvimos a ocupar otra vez las escaleras, las que teníamos que ir abandonando a medida que el humo y el calor se apoderaban de ellas. En este estado llegamos a las once del día; todos nos hallábamos rendidos de fatiga, habiendo transcurrido más de veintiseis horas sin tomar más alimento que un poco de pan, sin soltar las armas de las manos; sofocados y ciegos por el humo, y rechazando sin cesar los más porfiados ataques; en esto el fuego tomó

todo el incremento de que era capaz, penetrando en las bóvedas; se incendió el maderamen del tejado y los torbellinos de llamas subían al Cielo.

Todos aguardábamos tranquilos la decisión de nuestra suerte; pero saliendo de repente un aire castellano, inclinó las llamas a la parte opuesta de la torre, y acaso a esto fué debida nuestra salvación. En esto las cornetas y tambores de los navarros tocaron llamada, y al poco tiempo se dirigieron al vado de Tronconegro.

¡Cuántas veces volvieron la vista para ver el sagrado recinto donde se habían estrellado todos sus esfuerzos!

Apenas marchó Zumalacárregui, todos subimos al campanario y entonces se presentó el cuadro más tierno y conmovedor a la vista del hombre sensible. Todas nuestras familias creyendo segura nuestra muerte, a la presencia del enemigo, habían tenido que reprimir sus lágrimas y ahogar sus afectos. En el momento de su marcha salieron por las calles, levantadas las manos al Cielo y fijos sus ojos en aquella torre rodeada de llamas donde todos tenían los objetos de su cariño, hacían resonar por todas las calles los más dolorosos lamentos; nosotros les decíamos que no teníamos ningún peligro y permanecimos observando los movimientos del enemigo, hasta que trasladados a los campos de la provincia alavesa, bajamos a la calle atravesando con inmenso peligro la iglesia, que a la sazón estaba hecha un mar de fuego, de escombros y piedras calcinadas.

Apenas pusimos los pies en la calle, el cura y demás personas notables salieron a abrazarnos. De ellos hemos sabido varias circunstancias que ya llevo referidas, y según sus informes, la pérdida del enemigo ha sido horrorosa. Más de sesenta son los muertos, sin salir del pueblo, entre ellos, cuatro de los más valientes oficiales y unos ochenta heridos de muerte, de los muchos que apenas podrán durar un día. Entre ellos hay varios oficiales de los cuales es uno don Juan Manzano, el que quiso vender a los valientes de Echarriaranaz; las heridas ligeras no tienen número. A tejazos dejamos a muchos fuera de combate. Según testimonio de los bagajeros, que llevaron de este pueblo y otros que condujeron heridos, van dejando los muertos a docenas por los caminos.

De nuestra parte es la más feliz y extraordinaria casualidad que después de tan reñidos y peligrosos combates, no hayamos tenido ningún muerto, resultando tres heridos: don Antonio Bujanda, a quien una bala inutilizó el dedo índice de la mano derecha, estando en actitud de disparar. Su hermano don Pablo, que sufrió una herida ligera en la cara, dos postazos en la ingle y un balazo en la gorra, del que no recibió herida alguna; y Eustaquio Delgado, dependiente del resguardo, herido de bastante gravedad. Las contusiones y balazos de rechazo son infinitos.

Concluyo por decir que todos los urbanos se han portado con un heroísmo cual acredita el brillante resultado; pero creo un deber recomendar a mi oficial don Félix Bastida, que hallándose enfermo del cólera se presentó en el fuerte, teniéndome que valer de toda mi autoridad para hacerle retirar, y no pudiendo sin embargo persuadirlo a que se metiese en la cama, siguió dando disposiciones en la torre y haciendo mucho más de lo que le permitía su fatal estado. Así mismo es digno de recomendación el valor y bizarría de los dependientes del resguardo Pedro González, que tiene bien acreditada su decisión y valor anteriormente en la defensa de la casa fuerte de Calahorra, y el aventajado Eustaquio González, a quien una bala hirió gravemente en una sien. Los urbanos Manuel Caballero, Andrés Vicente, Manuel Ogueta y Eleuterio Angulo, son acreedores a todos los elogios debidos a un valor muy superior. Los cuatro hermanos don Sales, don Eusebio, don Antonino y don Pablo Bujanda, batiéndose con una constancia sin ejemplo y manifestando el mayor desprecio a la muerte. Les es debida a ellos solos una gran parte de la victoria. La señora viuda doña Benita Hernández de Bastida dió pruebas de un heroísmo poco común en su sexo, pues después del rasgo referido, no cesó de incitar a los combatientes y decirles que era más dulce morir por la patria con las armas en la mano o quedar sepultados entre ruinas, que ser el escarnio de aquellos asesinos. Pero sobre todo y muy particularmente recomendando al teniente de milicianos don Andrés Bujanda; este bizarro y valiente militar se hallaba en todas partes, sin darse un punto de reposo; por su disposición se arrojaron sobre los enemigos un diluvio de tejas, que fueron una de las armas que produjeron muchas bajas. Por dirección del mismo se construyó el segundo rebellín, en cuya toma sudaron tantas veces en vano los enemigos; y finalmente, con actividad infatigable, animó y obligó a batirse a otros menos valientes, enseñándoles con su ejemplo y buscando siempre los puntos más peligrosos haciendo a la vez de capitán y de soldado. Esta conducta está comprobada con la que siempre ha observado este digno oficial, pues a igual recomendación se hizo acreedor proporcionalmente en el suceso del día 11, no siendo los únicos servicios que ha prestado a la causa de la reina.

En igual grado y del mismo modo, recomendando a don Luciano Bastida, cursante en leyes; este heroico joven fué el último que abandonó el primer rebellín, saltando entre escombros, después de haberle defendido todo el día sin retirarse un momento de las troneras, donde recibió varios balazos de rechazo. Fué el que se quedó el último para cerrar la puerta de la iglesia y el que inventó y señaló con su misma bayoneta las troneras abiertas en los techos y desde donde tan impunemente derramó la sangre de los enemigos,

sosteniendo con igual energía el segundo rebellín, animando a los otros y reprendiendo con acritud al que volvía un momento la cara.

Los facciosos, irritados por nuestra resistencia, han ejecutado el más horroroso saqueo en las casas de los urbanos y otras muchas que suponían adictas al partido de la reina, respetando la casa de don Francisco Salazar y dejando una multitud de familias reducidas a la indigencia, quedando los propietarios reducidos a la carencia de las cosas precisas para la vida.

Al abandonar los carlistas esta villa, prendieron fuego a la casa de los señores Bujanda, habiéndolo extinguido enseguida los vecinos.

Tal es la relación de los sucesos de esta en los días 21 y 22, la que está bien lejos de aquellas en las que la pluma se fatiga en miserables exageraciones.

Lejos de decir demás, me quedo muy corto.

Mi pluma no puede dar digno colorido a un rasgo que es de suyo todo lo sublime que puede ser.

Todos los hechos que he referido pueden comprobarse con el cura y demás personas respetables. Lo comprueba el estado de la iglesia, y más que todo, el resultado sencillamente dicho en dos palabras:

Cinco mil hombres con Zumalacárregui a su frente, se obstinan durante veintiseis horas en tomar una iglesia defendida por cuarenta hombres, sin más fortificación que un pequeño y mal construído rebellín hecho de barro y con solo media cubierta hecha de madera.

Si la ocasión se presenta volveremos a repetir la prueba. Cenicero y Octubre de 1834.

MANUEL OLARTE CABALLERO.

Comandante de milicianos

A LOS CIEN AÑOS

TIERRA DE HEROINAS

El rápido de la mañana nos dejó en la estación. Había que esperar al correo ascendente para montar en el autobús que nos llevara camino de Anguiano y Valbanera, requeridos por la voz del paisaje y la curiosidad de la fuente intermitente. Aquél día era una de esas fiestas mitad pagana mitad cristiana en que los hombres trabajan de sol a sol y cierran la jornada en las bodegas, y las mujeres, tras la misa, hilan a la puerta de sus casas la tela del chismorreó y del julepe envueltas por el perfume de los ramos de albahaca dejados en las ventanas por los mozos rondadores.

Calle adelante, provistos de los frutos del día, salimos a una hera cercana a la Picota. A nuestros pies, la ribera jugosa donde los hortelanos encauzaban el agua de los regatos para echarla a los tablares de las hortalizas tempranas: en la hera un hombre tejía ataduras de paja para los haces del trigo próximo a segarse. Y como uno de los nuestros le preguntara si aquella tierra era la tierra de promisión, el buen labriego, mirando a las dos torres, la de Ceniceiro y la del Monte Blanco, respondió con natural empaque: «Esta tierra es tierra de héroes y de heroínas».

VENCER O MORIR

En los momentos decisivos en que se juega «al vado o a la puente», el que se propone vencer o morir rara vez es vencido. La indecisión que vacila y crea la incertidumbre es como la corriente negativa que paraliza toda energía salvadora. Si los trances apurados ponen al hombre en el dilema de ser arrollado por las fuerzas en pugna, también le ofrecen, con la inspiración y la audacia, energías para desarrollar una acometividad con la que no contaba. Es entonces cuando el soplo de lo subconsciente convierte en fuerza lo que antes era flaqueza y en brío valeroso, lo que hasta entonces se tomó por miedo.

La vida nacional, el tono genérico de la misma vida, está formado de hastío, pereza y ociosidad. Todos los días se echan a la calle miles de seres que fueron educados —(para no hacer nada)— en el santo temor a todo lo creado, a todo lo desconocido y a todo lo ignorado. Mientras otros hombres han colonizado el mundo con sus máquinas y sus instrumentos de trabajo, animados por la fuerza expansiva de unos ideales centrifugos, nosotros hemos visto caer uno a uno todos aquellos dominios donde un día llevaron nuestros antepasados la cultura y el alma de España.

En la honrosa tarea de transformar ese alma que nos ha llevado a resultados tan catastróficos, está debatiéndose actualmente una generación de españoles beneméritos a quienes debemos la siembra de inquietudes portadoras de las nuevas esencias espirituales que pue en ayudarnos a la creación de una fuerza interior, mansa y perseverante, que destruya el miedo inveterado de nuestra formación deformada por falsas teorías.

Y frente al miedo, al frío y al calor, al sol y a la naturaleza, y «al qué dirán», y a los cambios de postura, y al esfuerzo creador que engendra el progreso, y a la verdad escueta, y a lo por venir, es preciso crear una moral preceptiva que nos haga ver las dimensiones de las cosas en su justa proporción, sin invertir los términos de la realidad ni desconcertarnos hasta el extremo de aparentar que los sitia-

dores son cuarenta y los sitiados cuatro mil, fenómeno explicable en quienes, como antes quedó escrito, eran invencibles porque miraban a la muerte cara a cara, con estoicismo ¡y con propósito de vencer!

«¡MATADNOS ANTES QUE RENDIROS!»

¡Poder mágico de la palabra, cuando la palabra refleja un imperativo de la conciencia.

Como en Cenicero, noventa años después, entre los episodios de la gran guerra, queda incrustado en los anales de la Historia uno que es el resultado de una frase, pronunciada por un hombre que siente sobre sí el peligro y la responsabilidad del mando, quien al verse cercado del enemigo y sus huestes diezmadas, grita con todo el brío de sus entrañas «¡Arriba los muertos!»; y los muertos moribundos se alzan de sus cenizas para disparar los últimos proyectiles, logrando con ello detener el avance del enemigo y ganar para su heroísmo el entorchado de la inmortalidad.

Sobre las tumbas de los héroes caídos al borde de los caminos, artistas lapidarios esculpían en la piedra de los sepulcros sentencias como esta: «Caminante: vé y dile a España que aquí hemos muerto en defensas de sus leyes».

Las hordas carlistas movilizan un rehén para amedrentar el ánimo de los cuarenta titanes que luchan por impedir el avance de las huestes de Zumalacárregui. Este rehén lo forma Benita Hernáez y una hija de quince años. Benita Hernáez tiene dos hijos dentro de la iglesia sitiada: estos dos hijos se llaman Félix y Luciano. Para llevar a los sitiados la orden de que se rindan, les acompaña el párroco. Y la madre, más altiva y más digna que todos los sicarios juntos que pretenden valerse de ella para vencer las resistencias de aquél puñado de héroes, exclama ante sus hijos «¡Matadnos antes que rendiros!».

¿Quién, por débil que sea, puede vacilar ante el sublime gesto de una madre así, que ordena imperativamente, con voluntad espartana, efectuar su sacrificio antes que rendir la fortaleza?

¿Cómo no sentir el mágico poder dominador de quien ofrece su vida para ejemplo de los demás?

«¡Matadnos antes que rendiros!» Es decir, salvad vuestro buen nombre y vuestro honor de los peligros de una derrota, y elevad a Cenicero a las cumbres inmarcesibles de la gloria, aportando a la causa de la Libertad una infusión de sangre derramada en holocausto suyo.

Así se explica y concibe que en el primer Centenario del hecho de armas que se conmemora, Cenicero, de la mano del Tiempo, se apreste a coronar la memoria de sus héroes con el laurel del Recuerdo, poetizado y ennoblecido en el presente caso por todas aquellas almas que sienten palpar dentro de sí el amor a las libertades defendidas por sus antepasados y el sentimiento del deber afianzado por muchas horas de meditación y anhelo.

Yo quisiera concentrar también mi espíritu democrático en estas horas de culto a los héroes, y que las nuevas generaciones desparadas en el vacío de la negación de toda solidaridad política y social no olvidaran que la tierra que pisan, liberal y ubérrima, fué en el siglo diecinueve regada por la sangre de muchos seres adscritos a los postulados de la Libertad, combatida por los mismos enemigos que hoy nos niegan el derecho a sentir y opinar conforme a los dictados de nuestra conciencia.

SABINO RUIZ

Los milicianos de Cenicero

SIGNIFICACIÓN ESPIRITUAL DE SU ACTO HERÓICO

El hecho histórico que conmemoramos, es el del heroísmo de un puñado de hombres, que, en un esfuerzo de epopeya, en un bello gesto del más puro quijotismo, intentan detener las fuerzas de Zumalacárregui, que perseguían un convoy del ejército liberal.

Tras una lucha érica, con el peligro de morir abrasados en el incendio de la iglesia, que provocaron los carlistas, consiguen, sin embargo, su objetivo, y las fuerzas del general carlista tienen que repasar el Ebro, con la amargura de la derrota, con la desesperación de no haber podido reducir a aquellos héroes que se parapetaban en lo alto de la torre de la iglesia.

Los milicianos cenicerenses, allá, en el año de 1834, escribieron, con sus proezas, una página gloriosa en la historia de España, de esta vieja España, pletórica de leyendas doradas y de glorias inmarcesibles. Los milicianos de Cenicero realizaron, además de un hecho glorioso, un acto de transcendencia humana, célebre en los fastos de las luchas universales de la Humanidad en defensa de los sacrosantos principios de la libertad.

Por que los valientes milicianos, que atalayan desde las lejanías del pasado el vivir espiritual de nuestro pueblo, aquellos espartanos del siglo diecinueve; aquellos hombres que se jugaban la vida a la carta de un ideal, al luchar en defensa de Isabel II no lo hacían con la misión exclusiva de defender una rama dinástica, en contienda familiar de majestades; ellos luchaban por la idea, defendiendo lo que había de posibilitar en el mañana la realización de los principios de de libertad y democracia, principios indelebles de la República española que advino entre nosotros en un acto plebiscitario, exteriorizador de la voluntad popular.

Allá arriba, en lo alto de la torre de la iglesia, atalayando el bello panorama de la vega del regadío, azotados los rostros por el viento que venía del Ebro caudaloso y augusto, bajo el azul infinito del cielo, desafiaban las balas del enemigo con la vista fija en un porvenir luminoso, aureolados por un símbolo de sacrificio: ¡defendían la libertad humana!

Libertad, libertad, eterno bellocino de oro, a través de la historia todos los pueblos han ido a tu preciada conquista. En tus altares ¡oh, diosa sublime! se han inmolado incontable número de víctimas y se han derramado torrentes de sangre. ¡Libertad!, grita el esclavo en la Edad Antigua. ¡Libertad!, clama el siervo en la Edad Media. ¡Libertad! demanda el moderno proletario, asesinado por la Ley de bronce de Lasalle. Y es que en las grandes convulsiones humanas, cuando se altera el ritmo acompañado de la vida, se demanda siempre libertad.

Por la libertad lucha Espartaco, allá, en Roma, contra las legiones del imperio. Por la libertad luchan nuestros Comuneros de Castilla contra el despotismo del emperador. Por la libertad los bravos milicianos de Cenicero suben a la torre de la iglesia dispuestos a hacer el holocausto de sus vidas, prontos a morir libres antes de vivir con vilipendio.

La Humanidad, desde los umbrales de la Historia, lucha por el triunfo de la idea. Los milicianos de Cenicero son los continuadores de esos luchadores del ideal. Ellos derramaban la sangre mirando, esperanzados al porvenir. Se sacrificaban por conseguir una Humanidad mejor, sin parias ni esclavos que el hombre —ha dicho Víctor Hugo— no ha nacido para arrastrar cadenas, sino para desple-

gar alas; una Humanidad en que cada uno de los atributos humanos sea un signo de civilización y un signo de progreso; una Humanidad en que tengan realidad aquellas hermosas palabras del gran Víctor Hugo: «La libertad ante el espíritu, la igualdad ante el corazón, la fraternidad ante el alma».

La historia perpetuará el hecho heroico y transcendente de los esforzados milicianos cenicerenses y el pueblo de Cenicero, de tan recto abolengo liberal, recordará siempre a sus ascendientes con admiración, con veneración y con respeto.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

La gesta del liberalismo riojano

Manuel Azaña, en un precioso «Impromptu» pronunciado de sobremesa en «El Sitio» de Bilbao, el 9 de abril del año pasado, decía qué la primera simiente liberal que había caído en su alma fué el relato que su abuelo le hiciera del asedio y liberación de aquella insigne villa. Mientras Azaña niño jugaba con el morrión de miliciano nacional de su abuelo, recibía de sus labios «ese prestigio épico, indescriptible, imborrable» que le adhería desde niño a los fastos liberales de la patria española.

También yo aprendí liberalismo de mi abuelo paterno, en cuya liberalísima casa aprendí a leer, a escribir y a sentir en liberal. También don Tadeo Salvador se ponía el día de su cumpleaños, sobre su nevada cabeza, el morrión de miliciano que había usado tantos años y que luego lució mi padre como Comandante del Batallón de milicianos nacionales veteranos de Madrid, en época que tenía algún mérito exhibir esa indumentaria.

También mi abuelo encendía mi alma infantil en fervores liberales con los relatos de las guerras carlistas. Y entre ellos, ninguno que me causara mayor asombro ni emoción más honda que el que se refiere a la defensa que los urbanos de Cenicero hicieron en la torre de su iglesia, asediada por los carcas.

Por eso asisto conmovido al designio de celebrar el centenario de esa gloriosa gesta del liberalismo riojano, repetable para todos por lo que tiene de enaltecedora del temple de alma de nuestra raza y digna de admiración para cuantos tenemos como base firmísima de nuestras creencias y opiniones política unos principios liberales inmovibles en sus raíces.

Debemos gratitud a cuantos se han preocupado de celebrar decorosamente este centenario. Y el recordar lo que ocurrió hace cien años en Cenicero, nos obliga a no perder jamás la fé liberal, base imprescindible de toda ciudadanía republicana.

AMOS SALVADOR.

Monumento erigido en memoria de los héroes de 1834

En la plaza que llamaban Cantabrana, porque aquellos terrenos fueron de un individuo así apellidado, y que hoy lleva el nombre del Dr. San Martín, se plantó el árbol de la República el año 1873. En medio de un gran regocijo popular, se hizo la plantación del árbol, que era un pino que trajeron de Torremontalvo, cercándolo luego con una empalizada.

Al venir la restauración monárquica, el árbol desapareció.

En el año 1897, se inició la idea de erigir en aquél mismo lugar un monumento, a la memoria de los héroes que desde la torre de la iglesia hicieron tan gloriosa defensa. Y al efecto, la Sociedad de Milicianos comisionó, para llevar a feliz término la idea, a don Alfonso Bujanda, don Pedro Frias, don Francisco del Campo y a don Aureliano Artacho.

El Ayuntamiento donó 300 pesetas para comprar la estatua de la Libertad, y la Sociedad con los fondos que tenía de lo que le dejó don Martín Bastida, mas 100 pesetas del Duque de la Victoria, 250 de Sagasta y 100 del Marqués de Reinos, pudo ponerse manos a la obra, la cual fué ejecutada por don Niceto Cárcamo, natural de Briones.

Fuó inaugurado el monumento el día 27 de octubre del año 1897.

INAUGURACION

(Copia de la reseña hecha por don Aureliano Artacho y publicada en el periódico de Logroño «El Demócrata»).

Espectáculo grandioso, que brillanta a Cenicero por saber pagar debidamente un tributo a sus héroes del año 1834.

El entusiasmo y la animación eran indescriptibles.

La víspera por la noche, los cohetes y las campanas anunciaban la fiesta.

Las fachadas de las casas se hallaban iluminadas, presentando nuestra heroica villa un aspecto fantástico y hermoso.

El día 27, la Banda municipal recorrió las calles tocando diana. A las diez, el repique de campanas anunció la fiesta.

De la iglesia salió la comitiva en este orden.

Fuerza de la Guardia Civil al mando del teniente señor Jiménez, luciendo el traje de gala, abrían paso; la banda municipal que batía la marcha de «Cádiz»; dos largas filas de niños con banderas nacio-



Monumento erigido en memoria de los héroes de 1834

nales, llevando en medio a Adelita Chavarri, preciosa nieta de uno de los héroes. Esta lucía en la cintura un fajín de general y era portadora de las coronas que se habían de depositar. Detrás iba el presidente de la Sociedad de Milicianos, luciendo en el pecho la condecoración que la reina Isabel II les concedió a nuestros héroes el año 1834. En la diestra llevaba la bandera en la cual se destacaba la torre de Cenicero despidiendo llamas y rodeada de una corona de laurel y rodeándose debajo la fecha memorable de 1834. Nuestro anciano presidente, don Pedro Artacho, llevaba a su derecha al alcalde, señor del Campo, y al otro lado, al juez, señor Anguiano. Los urbanos, en dos filas, marchaban con hachones encendidos. Luego seguían el Ayuntamiento, el párroco, un veterano harense de 81 años y varios invitados.

El aspecto que presentaba la calle de la Victoria era sublime y conmovedor. La torre lucía banderas nacionales. Las casas ostentaban colgaduras, viéndose los balcones y ventanas honrados con la presencia de encantadoras riojanas y forasteras, que se disputaban los puestos para presenciar mejor la fiesta.

La comitiva llegó a la plaza, donde se ha levantado el monumento. Allí esperaba un gentío que no bajaría de 4.000 personas. El lugar estaba adornado con banderolas. Al pie del monumento se había preparado un altar con exquisito gusto y gran estética. Al llegar allí, todos los concurrentes se descubrieron. Los niños con las banderas, se colocaron a derecha e izquierda. Enfrente toda la comitiva. El Alcalde y el presidente de veteranos nacionales tiraron de los cordones de la funda que cubría la estatua y a los acordes del Himno Nacional se descubrió el recuerdo que acabamos de levantar.

La fuerza de la Benemérita daba guardia de honor con la bayoneta calada. Inmediatamente, el párroco principió a decir la misa de campaña en sufragio de nuestros héroes, que ya sucumbieron todos por el peso de los años.

Un miliciano ayudó al señor cura a decir la misa.

La señorita Palmira Aguilera mandó colocar una corona de flores naturales, en cuyas cintas rojas se leía: «A los héroes de Cenicero». Doña Matilde Barona también envió otra de laurel con cintas del mismo color, en la que se veía esta inscripción con letras doradas: «Gloria a los héroes. Descansen en paz». La cinta que llevaba la bandera del Presidente la regaló la señorita Gloria Arcamo. La inscripción era de letras pintadas con los colores nacionales y decía: «Gloria a nuestros valientes milicianos».

Una vez terminada la misa, se dieron vivas a la libertad, a los forasteros y a Cenicero. La música tocó el «Himno de Riego».

En un balcón, en donde se destacaba una gran bandera y el escudo de armas de Cenicero, apareció el notable orador harense, don Emilio Fernández Mariaca, el cual pronunció un discurso de altos vuelos, en el que puso de relieve el valor de nuestros héroes y la templanza inusitada de la heroína doña Benita Hernández. A grandes rasgos relató nuestra historia; tuvo frases cariñosas para la mujer y después de grandes párrafos repletos de bellísimas imágenes y adornados con citas y poesías, terminó enviando un fraternal abrazo al pueblo de Cenicero, que según dijo él, es la fuente de la libertad.

El orador fué calurosamente aplaudido.

La descendiente de un héroe leyó una poesía alusiva al acto.

EL BANQUETE.— A la una se reunieron en fraternal banquete en el elegante café de la Paz, el Ayuntamiento, veteranos y todos los que componían la comitiva, a excepción del párroco.

Los balcones estaban engalanados con colgaduras, escudos y banderolas. En el balcón principal se colocó la bandera del Presidente de Milicianos.

El salón estaba adornado con profusión de banderas. En uno de sus paños destacaban dos retratos al óleo de los hermanos veteranos Excelentísimos señores don Félix y don Luciano Bastida. En un grupo se veía a la madre de éstos, la incomparable heroína doña Benita Hernáez, rodeada de otros tres valientes, los hermanos don Sales, don Eusebio y don Antonio Bujanda viéndosele a éste el dedo índice de la diestra torcido a consecuencia de un balazo que recibió en él durante la defensa.

En las mesas se pusieron una batería de cañoncitos de bronce, en los que se veía el monograma de Isabel II. Todos tenían grabados sus nombres. El que estaba en la mesa presidencial llevaba el nombre de *Tronconeegro*, término de esta jurisdicción por donde pasó el vado del Ebro Zumalacárregui. También había un mortero llamado *Cenicero*.

Unos ochenta comensales se reunieron a devorar con gusto los sabrosos y abundantes manjares que fueron condimentados y servidos por doña Dolores del Campo.

A los postres, el Presidente, señor Artacho, inició los brindis, leyendo el vicepresidente señor Bujanda un expresivo telegrama del Presidente del Consejo de Ministros, en el que saludaba y felicitaba a los veteranos por el buen pensamiento llevado a cabo. También se leyeron otras cartas de adhesión y un oficio del gobernador de la provincia, en el que mostraba su sentimiento por no poder asistir a la invitación.

A continuación se leyeron poesías. Hicieron uso de la palabra los médicos señores Olmos y Casas, los concejales señores Ruiz de Azcárraga y Artacho Cárcamo, y otros que no recuerdo, haciendo un brillante resumen el señor Mariaca.

El acto terminó con una colecta que se hizo entre los comensales y cuyo producto se le entregó al Alcalde para que lo distribuyese entre los pobres más necesitados de la localidad.

Este rasgo de generosidad y de acuerdo de los pobres, fué el remate más hermoso que pudo tener y que tuvo la fiesta que celebramos el día 27, a la buena memoria de aquellos valientes patricios que, con su indiscutible heroísmo immortalizaron a Cenicero, a la par que se descubrieron con la aureola de la gloria.

EL BAILE (1).— Fué brillante. En el mismo salón del banquete se rindió tributo a la diosa Terpsicore. La estancia estaba iluminada a la veneciana. Allí giraban al compás de la danza encantadoras niñas que fueron obsequiadas con un refresco por la galante junta.

Ese día salió a luz pública un folleto conmemorativo titulado «La Torre de Cenicero»; es un recuerdo curioso que todos arrebatan de las manos de los vendedores.

En fin, que la fiesta resultó tan bien como en una capital. Mucho más merecía aquel puñado de valientes que humillaron al terrible Zumalacárregui.

¡Descansen en paz. Gloria a Cenicero!

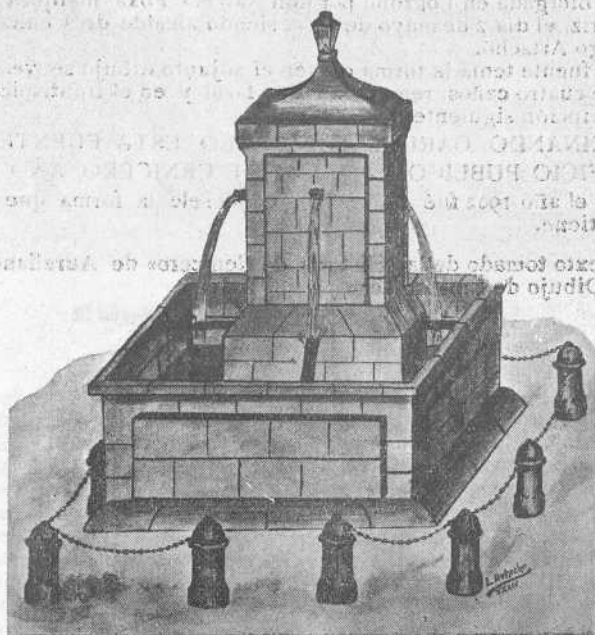
(Datos facilitados por Luis Artacho (bajo del mismo))

(1) El baile fué organizado por don Felipe Lagunilla San Martín y desde entonces funciona la sociedad de recreo titulada «La Fraternal», que nació del pensamiento del señor Lagunilla.

Fuente primitiva de Cenicero

Para traer el agua de Valdesalomón y construir una fuente en el pueblo, hubo necesidad de pedir dinero a censo por carecer de él el Municipio. Y al efecto se otorgó escritura pública en Lanciego el día 12 de junio de 1797 ante el escribano don Alejo Pérez Azpillaga; el Ayuntamiento de Cenicero, previa licencia del Real Supremo Consejo de Castilla dada en 28 de enero de 1797, y por mano del apoderado especial del Ayuntamiento, don Andrés de Bujanda Medinilla, recibió de don Manuel Rodríguez de Arellano 4000 ducados vellón (o sea 44 101 doblones de a ocho menos sin premios, treinta y seis con premios), cincuenta y ocho reales de plata, un sueldo de cinco cuartos y medio.

El rédito era el 3%, o sea 1.320 reales anuales a pagar el doce de junio.



Fuente primitiva de Cenicero

Cenicero puso de garantía lo siguiente:

Arbitrio del consumo del vino al por mayor y menor de cuatro maravedises en cántara.

Otros cuatro en cada libra de escabeche o fresco.

Dos reales en cántara de aguardiente que se vendiese en el estanco y el producto de las heces del vino de los cosecheros que cedían voluntariamente.

La correcluría del vino, venta de pan cocido, los hornos de pan cocer sitos en las Eras.

350 fanegas de tierra en el Monte lindante al camino real que va a Fuenmayor.

150 fanegas en la Lleca lindante con el camino real de Navarrete. Los sobrantes de derechos de portazgos y renta de aguardiente.

La casa Ayuntamiento sita en la Plaza de la Constitución que lindaba con la del Cabildo Eclesiástico de los señores beneficiados de la Iglesia Parroquial.

La casa carnicería que lindaba con la del Cabildo.

Las dos herrerías sitas en las Eras y pegantes a los hornos.

Una casa con cueva en el barrio del Barranco lindante a la de Juan López, y otra casa en el barrio de Castejón que surcaba con otra de Francisco Samaniego.

Este censo lo redimió el Ayuntamiento con el dinero de la Sociedad de Cosecheros de Vino, en la suma de 6.500 pesetas según escritura otorgada en Logroño por don Narciso Foxa marqués de Almaraz, el día 2 de mayo de 1900, siendo alcalde de Cenicero don Santiago Artacho.

La fuente tenía la forma que en el adjunto dibujo se ve. Constaba de cuatro caños. remataba en un farol y en el frontispicio tenía la inscripción siguiente:

REINANDO CARLOS IV COSTEO ESTA FUENTE PARA BENEFICIO PUBLICO LA VILLA DE CENICERO AÑO 1797.

En el año 1902 fué reformada, dándosele la forma que actualmente tiene.

(Texto tomado de la «Historia de Cenicero» de Aureliano Artacho. —Dibujo de Luis Artacho.)

HOSPITAL

Se cree que el hospital primitivo de Cenicero estuvo situado cerca del cementerio, en las cercanías del camino de Valdemontán.

En el año 1553 ya existía, pues en las reglas de la Cofradía de la Santa Vera Cruz (escritas en letra gótica sobre pergamino) se imponía a los cofrades la obligación de asistir a los entierros de las personas que muriesen en el hospital, aun cuando los fallecidos no hubieran pertenecido a la hermandad.

Después siguió el hospital en el lugar que el presente dibujo representa, pero patrocinado por el Ayuntamiento solamente.



El hospital viejo, visto desde la calle del Molino

En el siglo XVII había un hospital con cuatro camas. Los obispos hacían visitas y revisaban las cuentas, y en una ocasión resultó una cantidad a cargo de un mayordomo, y el obispo ordenó se le castigase con excomunión mayor si no pagaba la deuda.

En mayo de 1811, el Gobierno pidió datos del Hospital, resultando que en aquella fecha se hallaba en el mismo lugar que indica el dibujo, si bien se arregló durante la guerra carlista del año 1873.

Los datos los pidió el Jefe político de la provincia de Soria, a la que entonces pertenecía Cenicero.

Eran patronos el Ayuntamiento y el cura párroco.

Tenía como rentas fijas 333 reales.

Se tasó el hospital en 400 ducados.

Lo cuidaba un hospitalero sin sueldo, por la casa.

Firmaban los datos facilitados: Manuel Artacho, Bernabé Caballero, Angel Yangüela, Alejandro Martínez y el secretario Manuel de Mendoza.

En el año 1871 fué iniciada la idea de fundar una sociedad de señoras, que con el título de «La Caridad», sigue funcionando en la actualidad.

El iniciador fué el médico don Mariano San Martín (padre del célebre doctor don Alejandro San Martín).

Se nombró la siguiente junta:

DIRECTORA, doña Lucía Acevedo Martínez.

TESORERA, doña Segunda Lanzagorta.

DEPOSITARIA DE ROPAS, doña Claudia Bartolomé.

Delegado de Beneficencia era don Pablo Bujanda y de sanidad don Miguel Núñez.

En el acta que se levantó figuran las firmas del cura, don Felipe Ceballos, del alcalde, don Prudencio Sáez y Sáez, y del secretario, don Pedro Fernández de Bobadilla.

La cuota que señalaron para las señoras asociadas fué de dos reales.

Con motivo de la catástrofe ferroviaria acaecida en 1903, el rey don Alfonso XIII hizo al hospital un donativo de 2.500 pesetas.

Hace algunos años se pensó en hacer un hospital de nueva planta, pues aun cuando el existente se arregió después de crearse la sociedad de señoras, no reunía las condiciones apetecibles. Y al efecto, se le pidió a la Diputación un terreno que había frente a las Bodegas Ri janas y después de conceder o fué necesario desistir de construirlo allí, por haberse poblado de casas aquellos alrededores.

Más tarde existió el proyecto de levantarlo cerca de donde estuvo el primitivo, habiéndose llevado a efecto dicha idea.

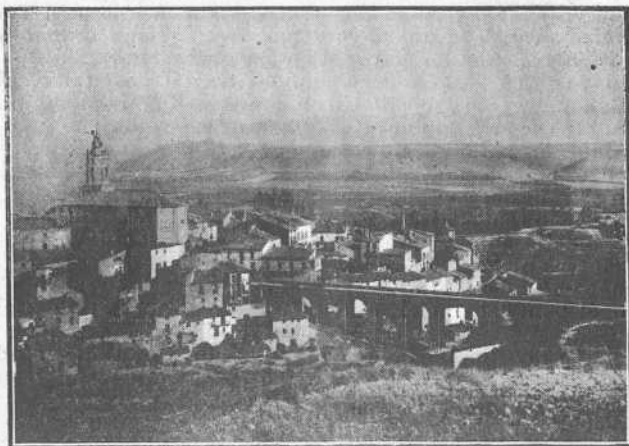
Con varios donativos que las señoras del hospital habían recibido, compraron el cuartel de la Guardia Civil y se lo cedieron al Ayuntamiento, a condición de que este les hiciera el hospital.

El benéfico establecimiento fué construido al lado izquierdo de la carretera que va a Logroño, y en la actualidad está enclavado en el mismo lugar.

La primera piedra fué colocada el 24 de marzo del año 1914, por el alcalde don Santiago Verde González, bendiciendo las obras el Obispo de Hippo.

Se inauguró oficialmente el día 4 de septiembre del año 1915.

(Texto tomado de la «Historia de Cenicero» de Aureliano Artacho. Dibujo de Luis Artacho)



Vista general de Cenicero. Al fondo, la torre de la iglesia, en la que se hicieron fuertes los combatientes de Cenicero. Detrás de la torre, en la lejanía, el vado de Tronconegro, en el río Ebro

A nuestros convecinos

Si satisfacción y orgullo pueden sentir los pueblos al recordar ciertos hechos y conmemorar ciertas épocas, con ningún motivo más justificado que el que hoy da expansión al pueblo de Cenicero, al rendir tributo y merecidísimo testimonio de gratitud, a los valientes, que en esta misma fecha, immortalizaron nuestra villa con temerario heroísmo.

Tan gloriosa corona conquistaron, y tan grandioso monumento erigieron en la Historia del pueblo español, aquél puñado de denodados milicianos, defendiendo la libertad y la Patria, que este pequeño homenaje que hoy rendimos, nos parece muy pobre para los que tanto merecieron.

Quiera el Cielo, sin embargo, que a la vista de este tributo, nos inspiremos sus descendientes en su fe y en su heroísmo, para que, como valientes también, sepamos honrar su memoria en día que pudiera presentarse.

Entre tanto, consignamos gustosos nuestro testimonio de gratitud para todos los que bajo cualquier forma nos ayudaron a realizar esta obra.

A los Excmos. Sres. D. Práxedes Mateo Sagasta, Marqués de Reinosa y Duque de la Victoria; a D. Emilio Fernández Mariaca y a cuantos señores honran con sus escritos las columnas de este folleto.

No quiera la Providencia que nuestra querida Patria se vea jamás envuelta en nuevas guerras civiles que llenen de llanto y luto nuestros corazones, y hagamos votos fervorosos porque la prosperidad y la paz sean con nosotros.

Cenicero 25 de Octubre de 1897.—El Alcalde, *Domingo del Campo*.—El Presidente de los milicianos, *Pedro Artacho*.

¡Gloria a Cenicero!

Los pueblos que honran a sus mártires, se honran a sí mismos.

Cenicero glorificando heroicas hazañas de sus antepasados, se rodea de una aureola de grandeza moral.

El que hace grandes cosas y las conmemora con entusiasmo, promete repetirlas en caso necesario.

Los que sucumben por la libertad, aunque mueran como hombres, resucitan en la historia como dioses.

El recuerdo consagrado a los muertos por el deber, simboliza tres grandes virtudes: fé en las ideas, esperanza de verlas realizadas, y caridad para los que dieron su vida por ellas.

El pasado, el presente y el porvenir de Cenicero, ha sido heroico, es noble y será glorioso.

Los monumentos más grandes de los pueblos, son los cimentados en virtudes cívicas con materiales de sangre, lágrimas y dolores, y rematados con recuerdos y esperanzas de libertad, igualdad y fraternidad.

¡Gloria a Cenicero!

DESIDERIO VIELA.

Haro 25 de Octubre de 1897.



El Ave = María

Formado en el repecho de una loma
estaba el regimiento de reserva,
con las miradas fijas en el cerro
y con los pies clavados en la tierra,

Los jefes y oficiales en corrillos,
los soldados en filas incorrectas,
y a los lados bagajes, camilleros,
músicos, asistentes y cornetas.

Zumbaba en la campiña silenciosa,
bañada por un sol de primavera,
ese ruido de arcos militares
que imita el preludiar de la tormenta.

Todo el mundo escuchaba atentamente,
con mezcla de temor y de impaciencia,
el lejano rumor de la batalla
que ardía al otro lado de la cuesta.

Rumor que llega allí casi perdido,
como llegan las olas a la arena
quejándose al romper, a poco rato
de alzarse en alta mar grandes y negras.

Las descargas cerradas, los clarines,
los estampidos de cañón que truena,
los gritos, el estrépito, los ayes
de la carga brutal a la carrera.

De pronto todo aquello se aproxima,
se oyen las voces cada vez más cerca,
y el fiero relinchar de los caballos
y el lúgubre crujir de las cureñas.

En las filas se apaga el cuchicheo,
se agrupan por completo los que esperan,
y oscilan a la vez los mil fusiles,
cual si un temblor extraño los moviera.

Apareció en la loma un ayudante
que se lanzó hacia abajo a rienda suelta,
y en seguida vibró la aguda nota
con que impuso silencio la corneta.

—Dios te salve, María,— dijo un quinto,
como pudo decir una blasfemia,
y mirando a los otros enseguida
se puso colorado de vergüenza.

En lugar de soltar la carcajada,
palidcieron los que estaban cerca,
y... rodó la oración de boca en boca,
por todo el regimiento de reserva.

La sencilla plegaria subió al cielo
pura y solemne, por llevar en ella
el llanto de las madres desdichadas
y el amor de las pobres lugareñas.

SINESIO DELGADO.

LA LIBERTAD

En medio de este continuo oleaje de ideas, de hechos, de grandes revoluciones y reacciones que agitan el siglo XIX, cuya vida parece sobradamente activa, existe un principio, una idea que todos invocan, aun sus más ardientes enemigos: la libertad. Nada hay más grato al corazón del hombre, nada le eleva sobre todo lo creado como ese principio de libertad por el cual siente su existencia, se reconoce causa y agente en el universo y establece todas las relaciones de su espíritu. El hombre al decir «siento» afirma y solo encuentra su propia existencia.

La sensibilidad, el pensamiento, son facultades de relación, lazos que unen al hombre con la naturaleza, con esa otra patria que tiene en la eternidad. Pero la libertad, el derecho de causar todas sus obras, todas sus acciones; la libertad, mediante la cual determina su ser a producirse; la libertad es la substancia de su naturaleza, el alma de su alma. Todas las grandes concepciones del hombre sin ese principio serían mentira, sueños, nada; y toda institución política, social y religiosa sin ese firme asiento sería una horrible injusticia.

Borrad la libertad en el hombre y ved si es dable comprender la justicia, el gobierno, la sociedad, la religión, el arte. Si la libertad no existiera, si el hombre fuese esclavo de la naturaleza o del destino ¿en nombre de qué principio le exigiría la religión su responsabilidad moral y la sociedad su responsabilidad ante la ley? Suprimid ese principio, y se arruinarían los tribunales, y la ley moral y la ley política serían vergonzosas cadenas arrastradas por un esclavo. Nada hay, pues, tan verdadero, tan fuera de duda, tan arraigado en nuestra conciencia y en nuestra naturaleza, como ese principio de libertad que es el brillante norte de nuestra vida.

Así, no ha dado el hombre un paso en el progreso, que no le haya conducido a la libertad, y no ha crecido en libertad, sino para acercarse a Dios. Examínese toda la historia y se encontrará que desde el principio de los tiempos todos los esfuerzos del hombre, todos sus grandes movimientos y todas las revoluciones que han agitado el mundo moral, tan pasmosas como las grandes catástrofes del mundo físico, han contribuido a exaltar al hombre a su libertad, restaurando en su conciencia la imagen perdida de Dios. Desde el hombre de los primeros tiempos históricos, anegado en la naturaleza, envuelto en el seno del panteísmo materialista, adorando sus propias sensaciones, aplastado bajo la inmensa pesadumbre de las causas que oprimían su voluntad y su conciencia, hasta el hombre de nuestros días, sujeto a la ley libre en su pensamiento, dueño de sus acciones, interviniendo en la sociedad y en el gobierno, media un abismo que han llenado mares de sangre infinitas generaciones de mártires. Toda la historia del mundo es la historia de los esfuerzos hechos por el hombre para alcanzar su libertad y realizarla cumplidamente en el espacio.

En la historia moderna desciende el cristianismo del cielo a dar al hombre la conciencia de la libertad, y vienen nuevos pueblos, nuevas tribus, nuevos hombres en que se encarnó esa idea. Al lado del castillo feudal, que bosquejaba la primera imagen de la personalidad, nació el municipio que levantaba generaciones enteras de esclavos al goce de la vida. Y todas cuantas instituciones se crearon por el progreso de los tiempos y por los esfuerzos de los

hombres, todas vinieron a aumentar la personalidad humana y a añadir nuevos diamantes a la corona de sus derechos.

Llegaron los tiempos modernos, el mundo se agitó de manera que muchos creían oír la hora del desquiciamiento universal, y sin embargo, del fondo de aquellas tempestades revolucionarias, que parecían destinadas a sacar la tierra de su eje, salió el hombre más fuerte y una sociedad más libre y más justa ¿Quién no admite hoy la igualdad civil? ¿Quién no quiere la inviolabilidad del hogar doméstico? ¿Quién no suspira por la libertad política? Hasta los mismos que la denuestan la ejercen, probando con este ejercicio la libertad. como el filósofo antiguo probaba, moviéndose, la necesidad del movimiento.

Pero la verdad es que la angustia producida por estos tiempos de sacudimientos y de explosiones no ha concluído todavía. En todos los puntos del horizonte se hallan signos que dicen a los hombres, que el cielo está cargado de tormentas, y en todo el espacio hay ruinas que les enseñan que la tierra que pisan está atormentada por el hervor de grandes volcanes. Es nuestra época una de las épocas tris-tísimas, angustiosas, en que el mundo y el hombre oscilan entre dos principios, épocas en que la duda se apodera de las inteligencias y la incertidumbre reina en los corazones. Todos los caracteres de esta época son los grandes caracteres de una época de transición. Lo mismo sucedía en el siglo V, cuando el mundo, empujado por las ráfagas de una tempestad desoladora, abandonaba a las rientes riberas del paganismo; lo mismo sucedía en el siglo XIII, cuando al calor de un nuevo espíritu surgía el feudalismo; lo mismo en el siglo XV, cuando el mundo pasaba de la Edad media a la Edad moderna, y del caos feudal a las monarquías de derecho divino. El mundo no encontrará su base sino cuando la libertad se encargue de todas las instituciones, se muestre en todas sus fases y se desarrolle lógicamente sin encontrar esos grandes obstáculos que impiden su natural crecimiento, y que tarde o temprano, siendo como son causa permanente de desorden, arrojan la electricidad de nuestras tempestades en los aires.

La sociedad debe estar siempre en armonía con el hombre, y como el hombre es naturalmente libre, la sociedad debe fundarse en la libertad. Las leyes de nuestro pensamiento, son tan reales, tan verdaderas, como las leyes con que Dios ha enlazado, unido y dado su armonía a toda la naturaleza, a todos los mundos. Así como al hombre no le es dado trastornar la naturaleza ni sus leyes, así tampoco le es dado fundar la sociedad, una sociedad durable, una sociedad justa, fuera de las leyes de la humanidad.

Por eso, mientras las naciones no se levanten en la verdadera idea acorde con la naturaleza humana, en la idea de

su libertad, andan solicitadas por diversos movimientos, trabajadas por continuos dolores, como el cuerpo que ha sido arrancado a su centro de gravedad oscila y tiembla hasta que encaja dentro de la ley de su naturaleza. La libertad, pues, la libertad allegada a tanta costa, esa noción clarísima de nuestros principios, ese instrumento poderoso de nuestro destino, ese cincel que Dios nos ha dado para perfeccionar en nosotros su imagen; la libertad tan fecunda en grandes bienes, puede resolver en armonías todas las posiciones históricas, que tras tanto tiempo martirizan a la sociedad y al hombre. Porque la verdad es que cuando todas las necesidades sociales se manifiestan a la clara luz del día, cuando todas las aspiraciones encuentran un cauce por donde correr, lejos de trastornar la sociedad, le dará todo lo que en sí tenga de justas, de verdaderas y de grandes.

Dichosos los pueblos donde el pensamiento es libre, donde la ley es norma a que todos se sujetan, donde el hogar doméstico está guardado como un santuario donde el hombre encuentra todas las esferas de la vida abiertas a su poderosa actividad, donde los derechos fundamentales, esas condiciones precisas de nuestra existencia moral, están garantidas y son tan firmes como la tierra, y se consideran tan necesarias a la vida como la atmósfera.

El mal más grave que tiene esta nuestra edad tan enferma, es a todas luces que, confundiendo todas las nociones, se ha dado en llamar por los partidos medios libertad a lo que es privilegio. Así los pueblos, cuando ven que esa libertad privilegiada solo les da trastornos por un lado y desconcierto y opresión por otro, cuando no tienen conciencia de su grandeza, suelen volver los ojos embrutecidos a la dictadura o al despotismo.

Es necesario, pues, que todos contribuyamos a realizar el ideal de nuestro siglo. Nuestra sociedad tiende por leyes propias de su naturaleza, por el impulso de sus propios movimientos a extender la libertad sobre todos los hombres, para que sea como ese azul cielo que Dios en su justicia extendió sobre todas las frentes, como el sol que todo lo fecunda y lo ilumina. La libertad, que moraliza a los individuos, moraliza también a los pueblos. Por eso nosotros creemos que solo son pueblos dignos de este nombre, los pueblos libres.

La libertad que inspira los grandes pensamientos, que fortifica nuestro ser, que tiene tesoros inmensos; esa libertad tan fecunda en el mundo moral, como la vida que circula por la naturaleza; la libertad, que hace del hombre el rey de todos los seres creados, puede tornar todas esas ráfagas que agitan y trastornan el mundo en blandas auras que nos impulsen suavemente a la realización del ideal humano en la tierra.

EMILIO CASTELAR

Días 21 y 22 de Octubre de 1834

El ejército vil, sangriento y fiero
Del iluso don Carlos, quiso un día
Con grande confianza y osadía
Castigar a la invicta Cenicero,
Y a la iglesia se acerca plentero
Con miles de hombres, los que a sangre fría
Queman altares a infernal porfía
Y pretenden quemar al pueblo entero.

Cuarenta voluntarios solamente
Cerrados en la iglesia se defienden;
Forman sus rebellimes y se estienden
Esperando al carlismo irreverente.
Este se considera prepotente,
Penetra, y los altares que se encienden,
Son otras tantas armas que contienden
En favor de la causa del valiente.

Una virtuosa dama les fué enviada
Para que su heroismo depusieran,
Y en su ciego valor no consintieran
Conseguir la victoria en la jornada;
Mas aquella heroína denodada
A sus hijos les dice, que no quieran
Entregarse a las hordas, y antes mueran
Entre las llamas de la iglesia hollada.

Juran venganza santa y justiciera;
De las armas escúchase el estruendo:
Ya las llamas y el humo van subiendo
A la torre anegando la escalera,
Crujen los santos en la horrible hoguera,
Y a la vida la muerte anteponiendo
Quieren valientes pelear muriendo
Y hacen pagar su culpa a los de fuera.

Justo castigo que envió Dios mismo
A las huestes sacrílegas y osadas,
Pereciendo de balas abrasadas,
Más de setenta en el terrible abismo.
Justo castigo que envió el Altísimo
Al mirar sus imágenes sagradas
En el fuego y escombros sepultadas
Por el feroz y bárbaro carlismo.

NOTICIAS HISTORICAS

de la Villa de Cenicero

Esta heroica villa se halla situada en la parte meridional del Ebro, de ese caudaloso río que ha sido testigo de tantos episodios de guerra y que sus cristalinas aguas tantas veces se han teñido de rojo con la sangre de innumerables mártires.

Si sus 2.500 habitantes no fuesen laboriosos y trabajadores; si la tierra que cultivan no fuera de una fertilidad exuberante, no se podría concebir que pagasen 55.000 pesetas de contribución sin que queden en la miseria como otros pueblos de España. Pero Cenicero paga sus tributos religiosamente.

En el año 1766 contaba este pueblo con 217 vecinos y solo pagaba 500 reales de contribución, y como entonces se había reducido y no contaba tantas almas como años atrás, los habitantes de Cenicero suplicaron al rey D. Carlos III que les rebajase los tributos. Ahora también cuenta con menos vecinos que el año 1892; la crisis que desde esa fecha atraviesa es verdaderamente exasperante; grandes pedriscos y calamidades mil han agobiado a este pueblo honrado, trabajador y sufrido.

¿Cuál es el origen del nombre de Cenicero? El origen de su nombre es debido a que los pastores de Nájera se reunían en las inmediaciones del Ebro, en cuyo paraje hacían grandes hogueras, produciendo por consiguiente un enorme montón de ceniza, y cuando los pastores de dicha ciudad de Nájera querían citarse con otros de las cercanías, les decían: «Tal día nos veremos en el Cenicero.» (1) Claro está que después tal vez esos mismos pastores serían los pobladores, puesto que edificarían corrales y casucas donde poder guarecerse ellos y su ganado.

No se puede precisar la fecha en que Cenicero tuvo sus primeros habitantes; pero es de creer que se empezaría a poblar antes de la invasión de los árabes, puesto que D. Angel Casimiro Gobantes dijo en el Diccionario geográfico histórico de la Academia: «*Cuando vieron los árabes a D. Alfonso I victorioso en Briones, Cenicero y Alesanco, a las puertas de Tricio, llevando todo a sangre y fuego... etc.*»

Como quiera que Cenicero fué una aldea que perteneció a la jurisdicción de Nájera, y como esta ciudad fué corte

(1) Cuando Zumalacárregui entró en Cenicero dijo: «Cenicero... Ceniza.

de los reyes de Navarra y población en que propios y extraños tenían puestos sus ojos, es evidente que por ella se han librado muchas batallas en los campos de Cenicero, y que esta aldea fué dominada por los árabes hasta el año 980 en que don Sancho Garcés se apoderó de Nájera, perteneciendo por consiguiente también Cenicero al reino de Navarra hasta el 1.º de septiembre de 1054 en que don García IV de Nájera y su hermano D. Fernando I de Castilla dieron la célebre batalla de Atapuerca, en donde murió el primero, por cuyo motivo entró en Nájera triunfante D. Fernando, llevando el cadáver de su hermano, que fué sepultado con gran pompa en la entonces catedral de Santa María la Real. Fernando I aunque dejó el reino de Navarra al hijo de don García, su sobrino, conservó para sí la ciudad de Nájera y demás aldeas, que desde entonces no volvieron a pertenecer a los reyes de Navarra.

En el año 1465 el rey D. Enrique IV, donó al conde de Treviño la ciudad de Nájera con las aldeas de Cenicero y Tricio. Este conde, llamado D. Jorge Pedro Manrique de Lara y Cárdenas, recibió este obsequio por servicios prestados al rey, valiéndole además el título de Duque de Nájera. (1)

El 7 de agosto de 1634, el rey don Felipe IV hizo villa a Cenicero, de cuya carta-puebla entresacamos el siguiente párrafo:

«... y permito y quiero que podais poner en la dha Villa de Cenicero y su término y dezmería orca. Picota y las otras insinias de Juridición que se han acostumbra-do por lo pasado y se acostumbra por lo presente poner en las otras villas que tienen y usan juridición alta baxa mero misto imperio en la instancia y que por esto y todo lo demas contenido en esta mi carta en las partes donde tocare se os guarden las preheminencias xenciones pre-rogativas comunidades que se guardan y han guardado a las otras villas destos Reynos que han goçado y go-zan de la dicha exempción y Título de Villa sin que en todo ni en parte os pongan ni consientan poner duda ni dificultad, antes os defiendan conserben mantengan y amparen.»

El Rey don Carlos III mandó una real carta con fecha 14 de marzo de 1766, en que decía, que las elecciones se harían el día de San Andrés y que para elegir los alcaldes or-

(1) En el presbiterio de la iglesia de Santa María la Real de Nájera, al lado del evangelio, se levanta un magnífico sepulcro de piedra sembrado de escudos de armas primorosamente cincelados, y en él descansan las cenizas del primer Duque de Nájera, llamado por excelencia el duque Forte. Fué virrey y murió en el año 1522.

dinarios, se habrían de nombrar cada año cuatro personas del estado a quien tocase, y de ellos los dos primeros que saliesen, que se propondrían al Duque de Nájera para que eligiese la una de ellas.

En el año 1639 donó don Felipe IV a Cenicero 8.000 fanegas de tierra en el término de Larraz y la Verde, a cambio de un préstamo de 4.000 ducados que esta villa le hizo a dicho rey.

Por los años 1.700 a 1.800 existió una ermita llamada San Cristóbal, enclavada en las orillas del Ebro, en cuyo templo se reunían los nobles de Cenicero para tener sus juntas, con el fin de gobernar y dirigir el pueblo. De esta iglesia no hay ningún vestigio, pues vendido el terreno en tiempos de la última guerra civil, se han edificado viviendas y bodegas, habiéndose visto al hacer las excavaciones osamentas y esqueletos metidos en sus sepulcros y recubiertos con losas, y hasta se encontró un cadáver con un anillo en un dedo. Es de creer que alrededor de la ermita de San Cristóbal había un cementerio, por cierto bien ventilado y con unos muros idénticos a los que hoy existen al pie de la ermita de Nuestra Señora del Valle, terreno que se halla situado encima del Ebro, y que también ha sido Camposanto, sirviendo en la actualidad de paseo público.

Desde el año 1557, y en el lugar donde se hallaba la ermita de Santa Ana, al borde del camino de Nájera, hay una artística cruz que es la *Picota* de que Felipe IV hace mención en su carta, en donde se colgaban las cabezas de los ajusticiados, para escarmiento del pueblo y del caminante. Esta cruz que está sostenida por arrogante columna, que ostenta en la parte superior los doce apóstoles, sirve desde el año 1768 para finalizar el calvario el día de Viernes Santo.

No se sabe de cierto cuando se edificó la actual parroquia de San Martín, porque aun cuando los nobles de Cenicero en el año 1318 trataron de construirla, no se puede precisar la fecha por haberse quemado el archivo parroquial el año 1834, cuando los milicianos se encerraron en el templo.

De este hecho de armas no hablaré una palabra, únicamente transcribiré lo que de él han hablado algunos historiadores:

«Zumalacárregui no quiso retirarse de la orilla del Ebro sin castigar al pueblo de Cenicero, villa de unos 300 vecinos, a tres leguas de la capital, nombrada de la Rioja, en la carretera de Burgos, que se había singularizado por

su decisión a favor de la causa de la reina. A su aproximación, los urbanos se encerraron en la iglesia. Zumalacárregui para obligarlos a rendirse, principió a quemarles las casas, y viendo que apesar de esto y de las más crueles amenazas y lisonjeras promesas, continuaban la defensa, arrimó gran porción de combustible al pie de la iglesia y le prendió fuego, cayendo sobre ellos las balas a centenares por minuto, y aquellos esforzados riojanos prosiguieron impávidos la defensa. Transcurrieron así veintiseis horas de incesante lucha, al cabo de las cuales, temeroso Zumalacárregui que acudiese alguna columna de Logroño, abandonó la empresa y repasó el Ebro.»

(De la Historia General de España, por el Padre Juan Mariana.)

«Los habitantes de Cenicero, sorprendidos casi por los facciosos que entraron en el pueblo, apenas tuvieron tiempo para refugiarse a la torre en número de unos cuarenta urbanos, contestando a la intimación que se les hizo de rendirse, que no lo permitía su honor y que podrían quemar sus casas y atropellar sus familias; pero que esto sería inútilmente, pues ellos no entregaban las armas. Pasó el término prefijado, y cuando creían que todo el grueso de la facción fuese contra ellos, vieron presentarse, como parlamentario, al coronel de los guías de Zumalacárregui, y con él a la madre de los urbanos encerrados, llamados don Luciano y don Félix Bastida (con la circunstancia de que uno de ellos dejó el lecho en que estaba postrado por el cólera) para intimarlos que si no entregaban sus hijos y compañeros las armas, la pondrían a ella con sus familias al frente para que recibiesen los primeros tiros que se disparasen en su defensa. Esta matrona, émula de las más célebres de Grecia y Roma, hizo el siguiente razonamiento a aquellos valientes:—Hijos míos, esta gente me ha obligado a que venga a induciros a que entreguéis las armas: yo no os aconsejo tal cosa, y si me traen con vuestras hermanas, matadnos antes que rendiros.

Tal heroicidad no fué infructuosa, y si bien el pueblo quedó destruído, los valientes urbanos que se hallaban encerrados en la torre, consiguieron salvarse, causando una gran pérdida a sus enemigos, y mereciendo después premios señalados en atención a su heroica defensa, por parte de la reina, por quien se sacrificaban. Además de estos premios, que ya les indemnizaba de las pérdidas sufridas, en la capital de la monarquía y en otros puntos se abrieron suscripciones, cuyo producto fué entregado.»

(De la Historia de la Guerra civil de España).

«Cada vez más animoso Zumalacárregui, se dispone a invadir la Rioja, siéndole tanto más necesaria esta expedición, cuanto que en ella podía proveerse de objetos útiles a sus tropas, amenazadas de completa desnudez para el próximo invierno. Atrevida era la empresa de apoderarse de la fábrica de paños de Ezcaray, pero el estímulo era grande. Hizo al intento un movimiento simulado burlando la vigilancia de las tropas, vadeó el Ebro por Tronconegro, ahuyentando su vanguardia un destacamento de caballería que se le opuso y que trastornó su plan, salvando la fábrica de paños y obligándole a repasar el Ebro y volver a las montañas.

Nuevamente acomete esta empresa y de nuevo se frustra, deparándole la suerte un encuentro que le indemniza con usura del malogro de su propósito.

La escolta de un convoy que desde Casalarreina iba a Logroño, tropezó con la vanguardia carlista que acababa de pasar el Ebro, la cual cargó reforzada sobre la infantería, que se posesionó de una pequeña altura junto a Fuenmayor; atacados con empeño, la abandonaron, y en vez de ir a unirse con su caballería, siguieron el camino de Navarrete, por el que al descender de la altura viéronse obligados a rendir las armas.

Dos escuadrones carlistas corrieron en seguimiento del convoy y, cuando apenas distaba media legua de Logroño, diéronle alcance los tres escuadrones liberales, les hicieron frente y desordenaron con perdición de su jefe Amusquivar, de resultas de una caída de caballo. Llega Zumalacárregui en aquel desconcierto de su gente, logra reunir cincuenta jinetes y corre con ellos a rienda suelta sobre la escolta que les espera firme. Una carga impetuosa de lanza rompe la primera fila; la estrechez del terreno contribuye a la confusión y desorden, siendo el resultado quedar en poder de Zumalacárregui los dos mil fusiles que conducían las galeras, los que puso en salvo aquella misma noche, enviándolos al otro lado del Ebro.

Debió Zumalacárregui esta victoria a los seis primeros lanceros, que con temerario arrojo cayeron sobre los liberales, y les premió para estimular a los demás. Se portaron bien pero su jefe les dió el ejemplo yendo a la cabeza.

Las lanzas carlistas contribuyeron poderosamente a este triunfo; la caballería liberal solo tenía sables.

Enorgullecido Zumalacárregui se dirigió a Cenicero, cuyos urbanos viendo la imposibilidad de impedir la entra-

da en la población de los carlistas, por ser abierta y no tener por consiguiente defensa, y no queriendo entregar las armas que la reina les confiara, se dirigieron a encerrarse en la torre de la iglesia.

Al avistarlos el invasor comenzó el tiroteo contra la torre, intimando la rendición, que fué contestada a balazos por aquellos valientes que juraron perecer antes que rendirse.

Heridos en su orgullo los carlistas, se desbandaban por el pueblo y prenden fuego a las casas de los defensores de la torre. Cuando estos pudieron presenciar aquel espectáculo aterrador, cuando las llamas les presentaban la pérdida de sus hogares, de su fortuna y quizá de sus familias, les intimaba de nuevo la rendición el general carlista. Esta propuesta les pareció un insulto, y su contestación fué, *que no se entregaban a incendiarios*, redoblando al mismo tiempo su valor, hicieron más empeñada la resistencia y ya no atendían más que a los impulsos de su corazón enardecido.

Exasperado Zumalacárregui y viendo que nada podía conseguir por el terror, apeló a la dulzura; pero los liberales desoyeron lo mismo las amenazas que las promesas dadas: Zumalacárregui entonces mandó aplicar combustibles a la torre para sofocar a sus defensores con el humo o aniquilarlos con las llamas.

Habían pasado veintisiete horas y temeroso el jefe carlista de que acudiese alguna columna en auxilio de Cenicero, levantó su campo incendiario, dejando montones de ruinas y cenizas, y llenos de inmarcesible gloria aquellos pocos valientes que con tanto heroísmo sabían cumplir su juramento.

El partido liberal celebró debidamente un hecho tan grande; la reina gobernadora mandó se colocase en el real patrimonio a los heroicos defensores de Cenicero que lo solicitasen, y la historia les consagró un eterno monumento en sus páginas. Cenicero adquirió desde entonces un renombre imperecedero, por más que fuese contra españoles sin empeño.»

(Historia de España, de Pirala.)

Aun existen pruebas fijas de aquella lucha tan desigual; todavía se puede ver la torre acribillada a balazos. La iglesia quedó reducida a pavesas; la mitad de las piedras quedaron calcinadas. El único atributo religioso que se salvó fué una pesada cruz de roble que por aquel entonces servía para que la imagen del Redentor estuviese enclavada durante las siete palabras el día de Viernes Santo. Aquel símbolo del cris-

tianismo, que también conservaba grandes huellas de fuego terrible, ha servido hasta hace pocos años para llevarla los mozos en las procesiones de Semana Santa. Un Ayuntamiento poco entendido en cosas de mérito, en vez de colocar esta cruz en un lugar preferente del templo, mandó aserrarle los brazos abrasados por las llamas, la *pintarrageó* y así quedó satisfecho de haber hecho de una cosa *mala* otra *buen*a (1).

Esta parroquia tardó veinte años en abrirse al culto desde que sufrió los horrores del fuego. Así lo demuestra una lápida que hay a la izquierda de la puerta principal que dice: *Incendiada año 1834* y otra a la derecha con esta otra inscripción: *Rehabilitada año 1854*.

Aun se distinguen perfectamente las piedras viejas de las nuevas en la iglesia.

A todos los valientes que hicieron la defensa de la torre les recompensó la reina doña Isabel II con unas medallas de oro en forma de estrella, representando un castillo cada radio. En el centro del anverso tiene un precioso esmalte en el que se lee:

A LOS DEFENSORES DE CENICERO 1834

En el reverso se ve la torre y la iglesia despidiendo llamas y alrededor se lee en unas letras incrustadas:

A LA CONSTANCIA Y AL VALOR

La parte superior de esta medalla ostenta una corona de laurel, simbolizando la gloria.

En muchos puntos de Europa y las Américas se abrieron suscripciones con el objeto de indemnizar a los vecinos de Cenicero.

Según cuenta la tradición, gran parte de lo recaudado se evaporó en el camino.

Por aquel tiempo se puso el nombre de Cenicero a una de las calles más céntricas de Madrid, nombre que aún existe en la villa y Corte.

El malogrado presidente del Consejo de ministros, don Salustiano Olózaga, regaló a esta iglesia siete altares procedentes del convento de San Francisco de la ciudad de Náje-

(1) La causa de haber dejado la cruz más pequeña fué porque algunos devotos hacían alarde de pulso, llevándola a paso de tortuga, por cuyo motivo se agrupaba el público, se desordenaba la procesión y a veces había escándalos.

ra, convento que fundó en el año 1600 doña Aldonza Manrique de Lara, de la familia del Duque de Nájera.

El general don Baldomero Espartero también regaló grandes y muchas alhajas de oro y plata, procedentes de los botines de guerra, de las que han desaparecido la mayor parte.

Cuando don Manuel Bastida legó a este pueblo cuatrocientos mil reales nominales para dar carrera a jóvenes estudiosos, también obsequió a la iglesia con un gran cuadro que representa al patrono de ella, San Martín partiendo la capa con Cristo. A los milicianos nacionales también les hizo un obsequio de catorce mil reales (1).

El respeto y la veneración que se ha rendido a la iglesia y torre de esta villa ha sido grande; tanto es así que desde aquella fecha gloriosa, cuando pasaba algún regimiento con música al lado del templo, el jefe de la fuerza mandaba tocar la marcha Real. También el obispo de Calahorra dió pruebas de afecto a nuestros valientes milicianos, puesto que pidió dos hijos de éstos de los más pobres, con objeto de darles carrera y la educación necesaria.

Hasta el mismo Zumalacárregi tuvo frases lisonjeras cuando ponderaba por Navarra la entereza y el valor de los urbanos de Cenicero. No solo esto sino que cuando este caudillo carlista al salir de este pueblo y al dirigir la vista por última vez a la humeante torre, tal vez arrepentido de su obra exclamó dirigiéndose a nuestros héroes:

«Bien merecen esos valientes ser premiados. Si cosa mía fuera, no echaria en olvido su heroicidad.»

El mismo año 1834 formaron los urbanos la sociedad actual, celebrando desde entonces anualmente una fiesta cívico-religiosa los días 21 y 22 de octubre. Así lo hizo constar el urbano don Manuel Caballero en un periódico logroñés titulado *El Ebro* en un artículo titulado *Un recuerdo a lo pasado*, artículo que se publicó en octubre de 1862.

Los valientes que immortalizaron a Cenicero fueron los siguientes:

Comandante de los milicianos, don Manuel Olarte Caballero; *Capitán*, don Felipe Artacho; *Teniente*, don Andrés Bujanda; *Alferez*, don Félix Bastida; y los señores don Luciano Bastida, Manuel Caballero, Eusebio Sales, Antonio y Pablo Bujanda (hermanos del Teniente), Nicolás Si-

(1) Don Martín Bastida era administrador del patrimonio de Isabel II. Durante la última enfermedad que tuvo se le ocurrió mandar hacer una lápida con todos los títulos que poseía y que decía: «Falleció el..... de Agosto de 1873». El 23 del mismo mes y año murió.

món Felipe, Pedro y Luis Artacho, Mariano, Florentino y Saturnino Fernández de Bobadilla, Pedro Moreno y su hijo Pedro Moreno Salaño, Florentino Rodríguez, Prudencio Rodríguez, Pedro Bacigalupe, Antonio Chavarri, Antonio, Alejandro y Francisco Sáez, Eleuterio y Dionisio Angulo, Andrés Vicente, Eustaquio González, Pedro González, Manuel Ogueta, Santiago Montoya, Vicente Rubio, Manuel Anguiano, Tomás Sáenz, Esteban Sáenz, Gregorio Lacorzana, Celedonio Frias, Nicolás Anguiano, Angel Sotés, Andrés Díaz, Alejo Martínez, Vicente Sáez, Manuel Campo, Manuel Chavarria, José Díez, Manuel de Miguel, Gabino Cárcamo, Manuel Velasco, Trifón Hermosilla, Jerónimo García, José Gamarra, Blas del Campo, Pedro Solar, Julián Frías, José Pardo y Ecequiel López.

De estos, treinta y nueve eran urbanos, los demás dependientes del resguardo.

También estuvieron las heroínas doña Benita Hernáez de Bastida y doña Benigna Angulo, esposa del Alcade don Mariano Bobadilla, mas un anciano de setenta años llamado don José Velilla, que con sus oportunos chistes animaba al combate y endulzaba algún tanto aquellos ratos amargos.

Los jóvenes Fernando Martínez, Juan Bautista Artacho, Gregorio Iñiguez, Ignacio Pardo, Severo Chavarri, Antonio Sáez, Florencio Gamarra, Domingo Hermosilla y Gregorio Artacho, también se encontraron en la torre apesar de que algunos, como el último, solo contaban catorce años.

Después de la victoria dieron gracias a Dios celebrando una fiesta religiosa en la basílica de Nuestra Señora del Valle, en donde se predicó un sermón.

El pueblo de Madrid se portó muy bien, pues a beneficio de nuestros héroes, organizó funciones de teatro y hasta escribieron allí una comedia alusiva a aquella famosa defensa. Particularmente obsequiaron con esplendidez a nuestros urbanos cuando alguno de ellos fueron a la Corte a solicitar empleos, cosa que se les concedió enseguida. Uno de ellos don Nicolás Artacho, que era alto como un gigante, entró en una zapatería para comprar unas botas; el dueño del establecimiento se extrañó no solo de la altura de aquel buen señor, sino que también de la enormidad de sus pies. Tan largos eran, que el zapatero no pudo darle botas a su medida. El maestro miraba al hombre de arriba abajo, y por fin se atrevió a preguntarle que de qué país era. Cuando don Nicolás le dijo que de la Rioja, al *Crispín* se le ensanchó el corazón y le dijo: —Pues en un pueblo de por allá, llamado Cenicero, ha habido una acción tremenda. Por

Madrid no se ha hablado de otra cosa. Desde la torre de aquel pueblo, unos cuantos milicianos han hecho una gloriosa defensa contra los carlistas

Don Nicolás le dijo sonriendo: Yo soy de ese pueblo.

—¿De veras?

—Sí, señor, y soy uno de los urbanos que estuvieron en la torre.

—Usted me engaña.

—No, señor, precisamente vengo a solicitar una administración de Rentas estancadas, por lo que la Reina nos ha dicho que solicitemos lo que a conciencia creamos que podemos desempeñar.

El zapatero se volvía loco; llamó a todos los de su casa y presentó a un héroe de Cenicero como él decía. Mandó que don Nicolás les contaría todo lo de la lucha tan tremenda, cosa que relató con todos sus pelos y señales, mientras que aquella familia le escuchaba con la boca abierta.

Por fin aquel zapatero lo llevó por todo Madrid, presentándolo a todo el mundo y..... cosa que no es para tratándose de madrileños; don Nicolás Artacho se vistió de pies a cabeza sin que le costase un céntimo. Un sombrerero, un sastre y otro zapatero le regalaron las prendas que él quería comprar para presentarse decente ante los personajes. Los maestros decían que se creían muy orgullosos conque un héroe de Cenicero aceptase su pequeño obsequio.

Además de haber sido este pueblo cuna de héroes, también han nacido en él otros hombres célebres tales como los que a continuación se expresan:

Fray Juan de Montemayor, docto jesuita, confesor de la reina doña Margarita. Fué general de su religión, varón de excesiva prudencia, escribió varias obras de Teología, asistió a la colocación de la primera piedra del famoso colegio de Salamanca, en unión del Obispo de Calahorra don Francisco Mendoza. Murió en Salamanca el 19 de marzo de 1841.

El padre Esteban Cantón, escribió una obra titulada *«El Templo de Salomón»*. En ella consigna ser de Cenicero. Fué jesuita y murió en 1649.

El padre Pedro Arrúbal, Teólogo de ingenio y virtud. Nació en 1559. Ingresó en la compañía de Jesús en 1579. Fué profesor de Teología en las Universidades de Alcalá, Salamanca y Roma. Dejó escritos dos tomos de Comentarios en la primera parte de Santo Tomás. Murió en Salamanca el 13 de septiembre de 1608.

Don Francisco Martínez. Obispo de Canarias, Cartagena y Jaén. Fué colegial, artista y teólogo en el mayor de San Ildefonso y llegó a catedrático de Prima. Murió en 29 de noviembre de 1617. Se le dió sepultura en la Catedral de Jaén. Dejó a la villa de Cenicero las reliquias de los mártires Santa Daría, San Castor y San Liberato, patronos del pueblo.

Ilustrísimo señor don Fernando Nestares, Marqués de la Hinojosa. Del Consejo y Cámara del tiempo de Carlos IV. Secretario de órdenes y después camarista de Castilla.

Don Juan José Salazar y Hontiveros, Poeta de reconocido mérito. Estudió gramática en Nájera, filosofía en Burgos y teología en Valladolid, Salamanca y Alcalá. Retiróse después a Cenicero donde se ordenó de sacerdote. Fué en este pueblo beneficiado y abad de Calahorra. Perseguido por la fortuna fué a Madrid, donde publicó un tomo de «Poésias Varias» con un epílogo de noticias históricas sobre la Rioja y sucesos de España hasta la época de Felipe V.

Excelentísimo señor don Luciano Bastida Hernández, este héroe también nació en Cenicero el día 8 de enero de 1812. En la «Historia de la Rioja» figura como uno de los hombres célebres de esta villa; justo es que yo le coloque hoy en el lugar que le corresponde.

Estudió en Oñate el bachillerato y terminó en Madrid la carrera de leyes. Siendo estudiante y cuando contaba 22 años de edad, ocurrieron los memorables acontecimientos que hoy conmemoramos, portándose este miliciano valerosamente, como lo justifica el relato del Comandante y una extensa reseña de los sucesos de la torre, que escribió el párroco de aquel tiempo en el número 194 del diario madrileño titulado «La Abeja» correspondiente al día 11 de noviembre de 1834.

Su hermano don Félix, que era alférez de milicianos, fué premiado por su valor valiéndole el empleo de Administrador del patrimonio de la reina Isabel II, en el Real sitio de San Ildefonso.

Don Luciano también obtuvo justa recompensa, pues enseguida que terminó la carrera, fué nombrado teniente fiscal de la Audiencia de Oviedo. Enseguida pasó con el mismo cargo a la Coruña, donde conquistó gran renombre con motivo de la célebre causa de «El hombre Lobo». Por este motivo le nombraron magistrado de la Audiencia de Madrid, donde otra no menos célebre causa le elevó a Fiscal

del Tribunal Supremo, siendo más tarde magistrado del mismo.

Escribió varias obras y colaboró en algunos periódicos. Era caballero de la real y distinguida orden de Isabel la Católica y de la de Carlos III. Por la defensa de la torre le concedió Isabel II una cruz de oro y el «Lazo de Honor» como a sus otros compañeros de armas.

El nombre de don Luciano Bastida se pronuncia en el Supremo con gran respeto, pues en él dejó grata memoria. No hace muchos meses que el *Heraldo de Madrid* le dedicaba un cariñoso recuerdo a la par que ponderaba su sabia rectitud.

En una de las ocasiones, en que vino a pasar una temporada a su pueblo natal, el malogrado hijo de Cenicero, don Estanislao del Campo, que entonces era estudiante, le dedicó una pieza musical en la serenata que le dieron a su llegada sus queridos amigos.

He aquí parte de la letra, que también pertenecía al mismo señor del Campo :

Salud al hombre que por norte lleva
La honradez, la prudencia y la cordura.
¡Habrà quien de su fama dudar deba?
¡Necia locura!

Hijo del pueblo, por el pueblo ansioso
Trabajó con ardor y noble celo,
Y hoy el pueblo le aclama fervoroso
¡Grato consuelo!

Victores mil tu patria te dedica
Que menos no merece el que es valiente,
Y todo a su deber lo sacrifica
Y alza su frente.

Con los brazos abiertos te recibe
El pueblo en que naciste, y confía
Que el amor a la patria que en tí vive
Será su guía.

Los padres de don Luciano Bastida fueron don Tadeo, que fué Contador del Crédito público, en Burgos y doña María Benita, imponderable heroína de los días memorables
21 y 22 de octubre de 1834.

Después de aquél rasgo verificado por ella y que tal vez contribuiría a la victoria, el pueblo entusiasmado la aclamaba con cantares, de los que reproduzco uno para muestra:

Que viva doña Benita
la que subió al rebellín,
donde les dijo a sus hijos:
«Firme, firme, hasta morir.»

Don Luciano era consuegro de la malograda y célebre escritora gallega doña Concepción Arenal, cuya gloria española vivió en este pueblo algunas temporadas.

En el cementerio general de la Coruña hay un nicho señalado con el número 409, en cuya lápida se lee lo siguiente:

Aquí yacen las cenizas del Excelentísimo señor don Luciano Bastida Hernáez.

Ministro que fué del Tribunal Supremo de Justicia.

Falleció en Ponferrada el 22 de noviembre de 1872, a la edad de 60 años y sus restos fueron trasladados en 10 de agosto de 1879.

Le acompañan los de sus hijas Maria Rosario, Maria del Valle y Luciana.

R. I. P.

Sí, y descansen en paz todos aquellos valientes que en unión suya hicieron que Cenicero ocupase letras de oro en las columnas de la historia.

Para cuando llegue este folleto a manos de los lectores ya habremos inaugurado un modesto monumento erigido a la memoria de nuestros heroicos urbanos.

Este recuerdo se ha colocado en la plaza donde se halla situada la fuente que se hizo en tiempos de Carlos IV, el año 1897.

En el sitio donde se halla, estuvo plantado el árbol de la República, todo el tiempo que duró en España aquella forma de gobierno.

En el segundo cuerpo del frontispicio del monumento, se ve un artístico grupo donde se destacan cincelados admirablemente, los escudos de armas de España y de Cenicero; corona real que corresponde a ambos escudos. Una rama de laurel símbolo de la Gloria, otra de roble simbolizando la Fortaleza y están unidas con un lazo leyéndose en una de sus cintas:

21 y 22 de octubre de 1834

y en la otra:

25 de octubre de 1897

En la parte superior del grupo se lee en una cinta :

¡ Gloria a los héroes de Cenicero !

En otros costados se ven coronas de siempre-vivas. En la cara principal del tercer cuerpo hay una sentida dedicatoria a los milicianos y en los otros costados se leen en letras de oro los nombres de aquellos valientes, incluso los de doña Benita y doña Benigna.

El monumento mide más de seis metros de elevación y lo corona la estatua de la Libertad, en cuya diestra ostenta un foco de luz eléctrica.

Está cerrado con una bonita verja y dentro se cultivarán flores variadas.

Desde hoy se llamará esa plaza *Plaza de la Libertad*.

El escudo de armas de Cenicero ostenta corona real, un castillo con dos brazos armados, laurel y varios atributos de la guerra antigua y moderna.

¡ Hora es de que ese castillo sea sustituido por la gloriosa torre!

Aureliano Artacho Cárcamo

Cenicero y octubre de 1897.

PENSAMIENTOS

¡ Loor a aquellos nuestros antecesores que tan heroicamente se defendieron en la torre de la iglesia de Cenicero contra las huestes de Zumalacárregui, y que tan alto ejemplo de amor dieron hacia las ideas liberales, por las que se sacrificaban con verdadera fe no solo su hacienda y vida, sino también la vida de sus seres más queridos!

Honrando la memoria de tan invictos ciudadanos, nos honramos nosotros mismos.

Plácido Villar

Los heroicos defensores de Cenicero, me han inspirado siempre respetuosas simpatías.

Práxedes M. Sagasta

Imaginémonos ver por un momento la iglesia de Cenicero despidiendo llamas enormes que parece que llegan al cielo. Hagamos que acuda a nuestra imaginación el recuerdo de aquél día memorable en que muchos de los invasores quedaron carbonizados con el fuego que habían preparado

para exterminar a nuestros urbanos, los cuales salieron victoriosos de la casa del Señor.

Si otras infinitas causas no bastasen para creer en la existencia de Dios, esta sola bastaría.

Luz Azul.

El hecho heroico de los milicianos de Cenicero, merece una poesia seria y muy pensada.

Sinesio Delgado.

No hay brazo ni pecho inerte;
por coraza el pecho fuerte,
por cartuchera la faja,
por machete la navaja,
por esperanza la muerte.

(De mi libro de memorias)

J. J. V.

Cuarenta contra cinco mil

Cuando un general cuenta los enemigos, empieza a ser derrotado.

Luis Martínez Olmos

El día 27 del presente vestirá de gala el liberal pueblo de Cenicero para conmemorar la fecha inmortal del 21 de octubre de 1834.

Ante los recuerdos tan asombrosos que despierta ese día memorable, llevados a glorioso término por un puñado de valientes que sin medir el considerable número de carlistas que les atacaron intimándoles la rendición de la histórica Torre que defendían, contestaron como saben hacerlo los hombres de temple y corazón esforzado, que llenos de fe en la pura idea que perseguían, sabrían morir envueltos en sus escombros, antes que mancillar su consecuencia liberal, y tras titánica lucha, sostenida con decisión, entusiasmo y valor temerario, consiguieron cubrirse de gloria en aquella admirable jornada, sacando victorioso de sus manos el rojo pendón de Castilla.

La comisión encargada de preparar y realizar el feliz pensamiento de erigir un panteón que conserve las cenizas de tantos héroes, merece los plácemes más calurosos de todos los que comulgamos en la hermosa escuela democrática, porque honrando la memoria de los muertos es como se elevan y distinguen los vivos.

Emilio F. Mariaca.

La libertad y la patria son hermanas inseparables. Haced que una de las dos muera, y morirá por consunción el género humano.

Sin libertad, el hombre se convierte en esclavo de sí mismo.

Sin patria, todo perece porque la que fué su madre dejó de existir.

Telesforo A. esón

Fragmento de un drama

VIFREDO. El sol alto; el cielo azul;
el valle todo verdura
bajo el espléndido tul;
y coronando la altura
el pino y el abedul.

Seguí adelante, la aldea
en la vega, allá muy lejos.
Pero es raro; no blanquea
como siempre a los reflejos
que manda la luz febea.

¡Nube que encima se mece!
¡que a veces arde con llama!
¡que ya mengua, que ya crece,
que de repente se inflama,
que de pronto palidece!

En esto rompe la hoguera
y se lanza a campo raso
un jinete a la carrera;
¡el diablo que con tal paso
alcanzarle consiguiera!

Rostro de tostada piel;
lienzo blanco y ondulante,
negro y árabe corcel;
un retorcido turbante,
y un africano aquicel.

Es el sangriento trajín
de un berberisco soldado,
o de un negro sarracín,
que se quedó rezagado,
y se lleva su botín.

Hizo de un alba zurrón,
y las santas vestiduras
y las cruces y el copón,
atan manazas impuras
en el pico del arzón,

El horizonte que humea;
a mis pies sobre unas ramas,
un pájaro que aletea,
y en la torre de la aldea
una cruz entre las llamas.

Medio loco y casi ciego,
por toda la Serranía
de esos valles seguí luego,
hasta que el sol ya se hundía
entre celajes de fuego.

JOSÉ ECHEGARAY.

EL HIMNO DE RIEGO

D. Rafael Riego nació en Zuña (Asturias) en el año 1784, y a la edad de 39 años y siendo un general fogoso y exaltado en ideas liberales, murió en la horca, en la capital de España.

Su Himno es conocido por todo el mundo.

Es la música que entusiasma y anima a los españoles. ¡Es el Himno de la Libertad! ¡Es nuestro Himno Nacional!

La letra, que no es tan conocida como la música, la escribió don Evaristo San Miguel, entonces jefe de la plana mayor de la división de Riego.

He aquí la composición adecuada para inflamar el ardor bélico de los soldados, aunque deplorable como poesía:

*Soldados, la patria
nos llama a la lid;
juremos por ella
vencer o morir.*

Seremos alegres,
valientes, osados,
contentos, soldados
el himno a la lid.

Y a nuestros acentos
el orbe se admire,
y en nosotros mire
los hijos del Cid.

Soldados, etc.

Blandamos el hierro
que el tímido esclavo
del libre y del bravo
la faz no osa ver.

Sus huestes cual humo
veréis disipadas,
y a nuestras espadas,
fugaces correr.

Soldados, etc.

¿El mundo vió nunca
más grande osadía?
¿Lució nunca un día
más grande en valor
que aquél que inflamados
nos vimos del fuego
que escitara en Riego
de patria el amor?

Soldados, etc.

Esta canción repetida en tiempos de Gobiernos liberales ha sido prohibida rigurosamente por los Gobiernos reaccionarios.

Tolerada durante la primera guerra de Africa enmudeció hasta la revolución de 1868, en que sonó en Alcolea.

(De los apuntes de D. José de Velilla.)

Cómo escribían los curas liberales el año 1834

Vistas de cerca estas gentes, y habiendo oído hablar a varios jefes y oficiales, ocurren muchas reflexiones que hacer sobre el estado actual y la marcha que lleva esta revolución; pero mi espíritu, que aún no ha recobrado la debida energía por el fuego de veinticuatro horas en que sin cesar disparaban más de cien fusiles solo a la torre; el golpeo y tiros a las puertas que no se abrían a la primera llamada, el verme rodeado de aquellos cosacos ambrientos de pillaje y otras circunstancias unidas a mi escasa ilustración, no me permite estenderlas.

Una sola cosa diré a V. por la confianza que me inspiran sus doctrinas; que el no batir y acabar en muy breve tiempo con esas hordas vandálicas, consiste en que nuestros jefes militares no saben o no quieren. La indisciplina e insubordinación de estas colecciones de hombres, infinitos presidiarios, muchos frailes navarros y otros muchos que solo andan por el pillaje, debieran desaparecer *con o el humo a la vista de un cuerpo regular*.

El día once de este mes pasó Zumalacárregui el vado de Tronco negro casi con esta misma fuerza o mayor; había estado dos o tres días sobre Viana y hasta el día trece, a medio día, no vimos a la división de Córdoba que la persigue. Vino metiendo mucha bulla con que el día doce había andado once leguas ¿y para qué? para llegar aquí cuando el enemigo había pasado el Ebro por Briñas. ¡Que irresolución la de aquel hombre! en media hora dió tres órdenes a sus tropas; al fin las hizo andar más de media legua hasta Logroño y después retroceder para ir a dormir a Briones, dos leguas y media; ¡que escasez de noticias! *¡que ignorancia en la topografía de país!* Los facciosos se rien de los jefes actuales de nuestras columnas: Mina les da gran cuidado. A estos nombramientos y cuanto pertenece a guerra y hacienda desean los hombres de bien dirijan los Procuradores sus peticiones, no a derechos del hombre.

¡Ah! Si esos señores hubiesen estado la noche del 22 en Ceniceró, allí hubiesen encontrado derechos. Desde que empezaron estas discusiones se ha generalizado la idea de que se quiere otra vez la Constitución.

Este nombre es ominoso a los pueblos y es menester que se desengañen; sin pueblo no hay ciudades y aquí es donde se manifiestan las opiniones sin rebozo ni disimulación: aquí no se adula. Por último señores, el resultado de que 40 urbanos ¿qué digo 40? pasarían pocos de 20 los valientes que, sin hacer caso de las balas que los cruzaban sin cesar, con una débil tapia, han humillado al feroz caudillo que aterra la nación, compromete al ejército y lo deja al descubierto si no lo aniquila en un momento.

El valor de los facciosos es individual y de bandoleros. Lo prueba también hasta la evidencia el ataque del convoy en el mismo día.

Amor los acuchilló y dispersó con menos de un tercio de caballería de la que ellos llevaban, y si los soldados de la Princesa no hubieran sido tan cobardes, les hubieran hecho correr hasta esta villa, apesar de llegar Zumalacárregui oportunamente con un batallón; y sin contar con la compañía de infantería de la escolta, de quien se dice vino vendido.

Lo que aseguro a VV. por haberlo oído a un oficial faccioso, que ponderó mucho el valor y destreza de Amor, y vilipendió en extremo la infantería y sus oficiales como a los soldados de la Princesa.

(Fragmentos de la estensísima reseña que en el diario madrileño «LA ABEJA» hizo con fecha 28 de Octubre de 1834 el párroco de Cent-cero D. Policarpo Albo.)

Carta de "Semana" (1)

Santa Clara, Octubre, dos
Apreciable Florentino:
En la piedra de un camino
te escribo en *gracia* de Dios.

No digo en *piz* porque estamos
todos los días en guerra.
¡Redios, que vida más perra
en esta *Perlo* pasamos

Si esto es perla, Florentino,
que la venga Dios a ver,
que yo más quiero beber
buenos tragos de ese vino.

Más *dende* que vine aquí
ya no lo he *güelto* a probar.
¡Ay que chispa he de pillar
cuando vaya por ahí!

Dile a mi padre *Pitin*
que me prepare la bota,
y que *tó* bailar la jota
encima de un *celemín*.

Cuando quieras *contestame*,
(si no mal rayo te parta)
manchas con vino la carta,
si quiera *pa consolame*.

Que aquí en Cuba no hay *morábto*
aunque es grande ¡caracoles!
pero *p* los españoles
es pequeñita y con sábio.

Respeto a lo que me dices
que de ataques que tal vamos,

digo que *paice* que estamos
como en caza de perdices.

¡Corren los mambises tales..!
En fin que nos pasa hoy día
como le pasa a García
con las liebres de Negrals.

Sudo y me lleno de barro
cuando siguiéndoles voy;
más no hay pena, porque estoy
mucho más gordo que Narro.

Zampo pollas que camelo
y aunque nunca tengo un duro,
me fumo aquí cada puro
que a Cristo le enciende el pelo.

Las mujeres son zulús;
más feas que Barrabás;
las de Rioja valen más,
a esas les pica el *parrús*.

Ya sé que *paice* que se arma
gran fiesta en Santa Daría.
¡Ay que *blncos* pegaría
la víspera allá en la *charma*.

Se también por unos cabos
que vais a hacer el cimientó
pa poner un monumento
pá los Urbanos tan bravos.

Si aquellos valientes *cises*
de muertos resucitasen
y en la Habana peleasen,
¡boca abajo los mambises!

No escribo más porque espero
salir muy pronto a campaña,
Conque adios y viva España
y el pueblo de Cenicero.

Da expresiones a tu hermana,
a Benito y a *Perucho*
y a aquel otro larguirucho
nieto de la cirujana:
a mi padre y a Franchín,
a tu madre, a *Paletero*,
a Fidel el confitero
y le dirás a Quintín
que me acuerdo mucho de él;
un recau a la Fernanda
y tú lo que quieras manda
a tu amigo, que es

MANUEL.



4 6 0 1

R
8971

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000348510



1 9 3 4